

El Verbo Masónico.

Cornejo, Jorge Norberto.

Cita:

Cornejo, Jorge Norberto (2026). *El Verbo Masónico*. *Adoniram*, VII (2), 49-56.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/adoniram/72>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pHt0/nbv>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

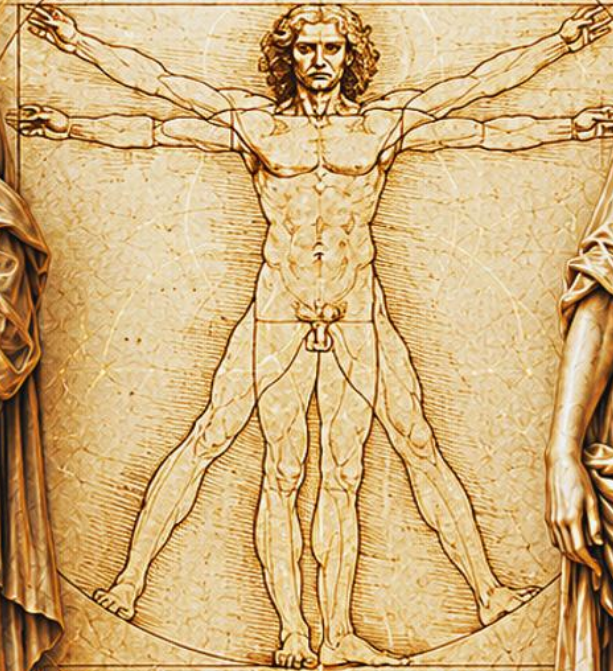
Masonería Liberal y Adogmática

Adoniram

Revista Digital Masónica del SCCC para el Grado 33° del REAA



Humanismo



Transhumanismo



Posthumanismo

Adoniram Contenido

Volumen VII
Número 1

4

**Saludo del S.: G. : C.:
Javier Aguillon Buitrago, 33°**

6

**Apuntes del Director
Jorge Ernesto Riveros Santos, 33°**

8

**Editorial
Ernesto Camacho Balbrink, M.: M.:**

10

**El transhumanismo y la fractura antropológica:
la última desigualdad humana
Miton Arrieta-Lopez, 33°**

17

**La disolución de lo humano: crisis
espiritual y pérdida del vínculo
Danilo E. Ramírez García, 4°**

20

**La Masonería como respuesta a la crisis
de la humanidad.
Ernesto Camacho Balbrink, M.:M.:**

26

**El Origen del Humanismo
María Claudia Murillo González, 4°**

33

**¿Quién entra al templo? - El sujeto iniciático
ante la disolución posthumanista del yo.
Roberto Certain Ruiz, 33°**

39

**5° Concurso de Cuento Masónico
de Adoniram**

41

**El símbolo y el algoritmo: la libertad
humana en la era poshumanista.
Jorge E. Riveros Santos, 33°**

48

**El Verbo Masónico
Jorge Norberto Cornejo, 33°**

56

**La Masonería ante el porvenir de lo humano:
humanismo, transhumanismo y poshumanismo.
Carlos Andrés Riveros González, 14°**

63

**La responsabilidad moral del masón ante la sociedad
contemporánea: una reflexión desde el Grado 14°.
Angélica María Barón Santiesteban, 14°**

68

**Del Humanismo, al poshumanismo: la disolución
del hombre como centro y como unidad.
Douglas Franco Gerena, 14°**

74

**La Cuadratura del Círculo
Maria Elvira Cipagauta Rodríguez, 9°**

80

**La influencia de la doctrina Rosacruz en la
Masonería especulativa.
Gabriel Rengifo Donado, 33°**

Masonería Liberal y Adogmática

Adoniram

Revista Digital Masónica del SCCC del Grado 33 y último

DIRECTOR

Jorge E. Riveros Santos, 33°

COMITÉ EDITORIAL

Ernesto Camacho Balbrink, M.: M.:

Roberto Certain Ruiz, 33°

Douglas Franco Gerena, 14°

Mária Claudia Murillo González, 4°

Carlos A. Riveros Gonzalez, 14°

Margarita Rojas Blanco, 4°

German Plata, 14°

Emma Avila Garavito, M.: M.:

Milton Arrieta López, 33°

Danilo Ernesto Ramírez García, 4°

Jorge E. Riveros Santos, 33

SUBDIRECTOR

Ernesto Camacho Balbrink, M.: M.:

COLABORADORES

Jorge Norberto Cornejo, 33°

Milton Arrieta López, 33°

Roberto Certain Ruiz, 33°

Mária Claudia Murillo González, 4°

Carlos Andrés Riveros González, 14°

Gabriel Rengifo Donado, 33°

Angélica María Barón Santiesteban, 14°

Douglas Franco Gerena, 14°

Danilo Ernesto Ramirez Garcia, 4°

Maria Elvira Cipagauta Rodriguez, 9°

Ernesto Camacho Balbrink, M.: M.:

Portada: Adaptación libre de uno de los doce dibujos de Jean Goujon, del **Primer libro de arquitectura de Vitruvio**, París, circa 1540-1545. Biblioteca nacional de Francia, Departamento de Manuscritos, Frances 12338, fol. 6v - Dibujos a pluma y aguada: tinta negra realizada con una ligera aguada malva. Escritura humanística.

Adoniram

Revista Digital Masónica del SCCC del Grado 33 y último del REAA para la República de Colombia, es una publicación trimestral. Las opiniones, comentarios, textos, investigaciones y el resguardo de los derechos de autor en todos los productos de los columnistas que se expresan en esta revista, no comprometen ni vinculan bajo ninguna responsabilidad al Supremo Consejo Central Colombiano, toda vez que en el libre desarrollo de sus artículos pueden tener opiniones que no necesariamente mantengan consonancia con la política y la posición del Supremo Consejo y son los columnistas, individualmente, quienes asumen la obligación de guardar los principios que regulan esta actividad



Adoniram.digital



Adoniram.digital@gmail.com



sccc.gr33col@gmail.com

Adoniram Revista Digital; E-mail: Adoniram.digital@gmail.com . Supremo Consejo Central Colombiano del Grado 33 y último del Rito Escocés Antiguo y Aceptado para la República de Colombia. Diagonal 54 # 16ª-04, Bogotá DC. Tel: 5499591. Fax 2352398. E-mail: sccc.gr33col@gmail.com

Saludo del S.:G.:C.: Javier Aguilon Buitrago, 33º

Reciban todos un triple y fraternal abrazo.

Al presentar esta nueva edición de nuestra revista masónica *Adoniram*, queremos invitar a la reflexión serena, al estudio responsable y al diálogo fecundo sobre uno de los grandes desafíos de nuestro tiempo: comprender los profundos cambios que ha vivido y sigue viviendo el ser humano, desde la visión humanista que colocó al hombre en el centro de la razón, la dignidad y la libertad, hasta las nuevas corrientes posthumanistas que hoy cuestionan los límites de la identidad, del cuerpo, de la conciencia y aun de la propia condición humana.

Durante siglos, el humanismo nos enseñó a mirar al ser humano como sujeto moral, libre, perfectible y responsable de su destino. Esa mirada acompañó muchas de las grandes conquistas del pensamiento moderno: la defensa de la razón, la educación, la autonomía de la conciencia, la igualdad esencial entre los humanos y la búsqueda de una sociedad más justa. La Masonería, como escuela iniciática, ética y simbólica, ha sabido nutrirse de ese impulso humanista, recordándonos que el verdadero trabajo comienza en el interior del hombre y se proyecta luego hacia la humanidad.

Pero vivimos una época distinta. La ciencia, la tecnología, la inteligencia artificial, la biotecnología, las redes digitales y las nuevas formas de comunicación están transformando aceleradamente nuestra manera de pensar, relacionarnos, aprender, creer y decidir. Hoy el ser humano ya no solo se pregunta quién es, sino también qué puede llegar a ser. El posthumanismo, con sus promesas y riesgos, nos obliga a revisar conceptos que antes parecían firmes: libertad, verdad, conciencia, cuerpo, identidad, comunidad y sentido.

Frente a estos cambios, la ignorancia no puede ser una opción. El masón no debe vivir de espaldas a su tiempo. Si nuestra Orden nos invita a desbastar la piedra bruta, también nos exige conocer las herramientas, los materiales y los desafíos de la época en que nos corresponde trabajar. No basta con repetir fórmulas antiguas si no somos capaces de comprender las nuevas preguntas que inquietan al mundo contemporáneo.

Por eso, el conocimiento se convierte en una responsabilidad iniciática. Conocer no es acumular datos ni seguir modas intelectuales; conocer es discernir, separar la luz de la sombra, examinar con libertad de conciencia y actuar con prudencia, firmeza y sentido moral. Solo quien comprende los cambios puede afrontarlos sin miedo, sin fanatismo y sin ingenuidad.

Esta revista quiere ser, precisamente, un espacio para ese ejercicio: pensar con libertad, dialogar con respeto, estudiar con profundidad y mantener viva la vocación masónica de iluminar, no desde la imposición, sino desde la razón, el símbolo y la fraternidad.

Que estas páginas sirvan para despertar preguntas , fortalecer convicciones y recordarnos que, aun en medio de los grandes cambios de la humanidad, el trabajo esencial sigue siendo el mismo: construir un ser humano más consciente, más justo, más libre y fraterno.

Fraternalmente,

Javier Aguillon Buitrago, 33° 
Soberano Gran Comendador
Supremo Consejo Central Colombiano

Apuntes del Director – Jorge E. Riveros Santos, 33º

¿Qué entendemos hoy por humano?

Pocas preguntas resultan hoy tan necesarias como esta: ¿qué entendemos por humano? Durante siglos, el humanismo colocó al ser humano en el centro de la reflexión filosófica, moral y política. Reconoció su dignidad, su libertad de conciencia, su capacidad racional y su responsabilidad frente al mundo. Esa visión marcó profundamente la modernidad y también dialoga con la tradición masónica, que ve en cada hombre y mujer una piedra bruta susceptible de ser trabajada, pulida y elevada por la razón, la virtud y la fraternidad.

Sin embargo, el tiempo presente nos sitúa ante nuevos desafíos. El desarrollo acelerado de la ciencia, la tecnología, la inteligencia artificial, la biotecnología y las transformaciones digitales ha comenzado a modificar nuestra comprensión del cuerpo, de la mente, de la identidad y de la vida misma. Ya no se trata solamente de educar al ser humano, sino de preguntarnos si puede ser aumentado, rediseñado o incluso superado.

En ese horizonte aparece el transhumanismo, con su promesa de mejorar las capacidades humanas mediante la técnica. Frente a él, la Masonería no debe responder con temor ni con entusiasmo ingenuo. Debe hacerlo con reflexión. Toda aspiración de perfeccionamiento merece ser examinada, pero también debe ser orientada por una pregunta ética fundamental: ¿mejorar para qué y al servicio de quién? No toda ampliación de poder significa elevación moral. No toda innovación implica progreso humano. Y no toda capacidad técnica conduce necesariamente a mayor sabiduría.

Más allá de ello, el poshumanismo cuestiona la idea del ser humano como centro absoluto del universo. Nos recuerda que nuestra existencia está vinculada con la naturaleza, con los otros seres vivos, con la técnica y con sistemas cada vez más complejos. Esta mirada puede ayudarnos a abandonar ciertas formas de soberbia, pero también nos obliga a cuidar que, en nombre de la superación de lo humano, no terminemos disolviendo la dignidad, la conciencia y la responsabilidad que hacen posible toda vida ética.

Esta edición de Adoniram invita precisamente a esa reflexión. No pretende cerrar el debate, sino abrirlo. Humanismo, transhumanismo y poshumanismo no son simples palabras de moda; son tres formas de interrogar el presente y el porvenir de la humanidad. La primera afirma la dignidad del ser humano; la segunda propone su

mejoramiento técnico; la tercera cuestiona sus límites y su lugar en el mundo. Entre estas tres miradas se juega una parte importante de la discusión contemporánea sobre el futuro de la persona, de la sociedad y de la conciencia.

Para la Masonería, el asunto no es menor. Nuestra Orden ha hablado siempre de perfeccionamiento, pero no de cualquier perfeccionamiento. La verdadera mejora del ser humano no puede reducirse a fuerza, inteligencia, eficiencia o prolongación de la vida. Debe implicar también justicia, libertad interior, dominio de sí, fraternidad y sentido de responsabilidad. De nada serviría un ser humano técnicamente aumentado si continúa siendo moralmente frágil, indiferente ante el sufrimiento ajeno o incapaz de reconocerse en el otro.

Por eso, ante el porvenir de lo humano, la Masonería conserva una tarea indispensable: recordar que el progreso exterior necesita una arquitectura interior. El algoritmo puede ordenar datos, pero no sustituye la conciencia. La máquina puede calcular, pero no reemplaza la virtud. La tecnología puede ampliar nuestras posibilidades, pero no nos libera de la obligación de preguntarnos por el bien, la justicia y la dignidad.

Que esta edición sea, entonces, una invitación al estudio, al diálogo y a la reflexión fraterna. No estamos llamados a negar el futuro, sino a iluminarlo. No estamos llamados a rechazar la ciencia, sino a interrogar su sentido. No estamos llamados a defender una humanidad inmóvil, sino a procurar que, en medio de todas sus transformaciones, el ser humano no pierda aquello que lo hace verdaderamente digno: su conciencia, su libertad y su vocación fraterna.

Porque quizá la gran pregunta de nuestro tiempo no sea únicamente qué podrá llegar a ser el ser humano, sino qué valores deberán acompañarlo para que, al transformarse, no se pierda a sí mismo.

Jorge Ernesto Riveros Santos, 33°

Editorial – Ernesto Camacho Balbrink, M.:M.:

Humanismo, poshumanismo y transhumanismo. ¿Dónde está la Masonería?

"El ser humano es el único ser que no solo es tal como él se concibe, sino tal como él se quiere, y como se concibe después de la existencia". Jean Paul Sartre

La Masonería siempre se ha considerado una orden humanista, heredera de la Ilustración y de su orientación al desarrollo del ser humano y de la sociedad que este conforma.

La Masonería se construyó sobre los pilares de la Igualdad, la Libertad y la Fraternidad, que responden a la visión filosófica del humanismo de que todos los hombres y mujeres poseen un valor intrínseco, una dignidad inviolable y una hermandad que permite la construcción del tejido social en donde el desarrollo de estos principios es posible.

Adicionalmente, el humanismo se sustenta en el uso de la razón, a través de la ciencia, la educación y el pensamiento crítico, todas herramientas que buscamos desarrollar en la Masonería. Y todas bajo la observancia de la ética, que garantiza que los pilares ya enunciados se mantengan por encima de los intereses individuales.

El humanismo, finalmente, tiene el objetivo de que el ser humano alcance su máximo potencial, a través del trabajo en sí mismo, el pulimiento de la piedra en bruto, soportado por una sociedad que le brinda las herramientas necesarias.

Esa filosofía que sustenta nuestra orden fue la filosofía dominante durante un par de siglos, hasta que surgió el poshumanismo, que desde finales del siglo pasado, impulsada por los avances científicos, cuestionó el antropocentrismo. Según esta visión, los seres humanos existimos en un ecosistema interconectada con los demás seres vivos, lo que nos hace responsables de su sostenibilidad. Ya no podemos explotar el entorno, sino que debemos hacernos responsables de su cuidado.

Adicionalmente, el poshumanismo integra a la tecnología y a la ciencia en la esfera de lo humano, disolviendo las fronteras con lo artificial. Era el camino lógico a seguir ante los avances tecnológicos que expandieron y potenciaron los sentidos del ser humano a un ritmo vertiginoso llevándonos a cuestionar todo lo relacionado con el pensamiento, la consciencia y el espíritu.

Pero el poshumanismo fue tan solo un puente que evolucionó en el transhumanismo, la corriente filosófica que se está desarrollando en este momento y que trata de responder a los avances científicos y tecnológicos que avanzan de forma constante.

El transhumanismo trata de mantener el equilibrio entre la ciencia y la tecnología y el ser humano, buscando que los avances sirvan para potenciar la condición humana y no para someterla. Entiende que las herramientas que estamos desarrollando sirven para darle un nuevo impulso a la evolución y mejorarnos como especie.

El reto en el transhumanismo es que esas mejoras biológicas puedan sustentarse en mejoras sociales, que no generen una raza élite que someta al resto de la humanidad y que no respondan solamente a los intereses de los dueños de las tecnologías. Si vemos la situación que se está generando alrededor de la inteligencia artificial, la lucha por los recursos naturales que está redefiniendo la geopolítica el uso de los avances en biotecnología para mejorar las condiciones de quienes tienen los recursos para costearlos, pareciera que estamos perdiendo el objetivo de mejorar globalmente como especie y estamos en camino a generar una subespecie dominante y otra dominada.

La Masonería entonces debe cuestionarse ante esta evolución del pensamiento y de la realidad. ¿Quién debe estar en el centro de nuestro universo, el ser humano y su razón o el ser humano mejorado tecnológicamente? ¿La tecnología es una herramienta para el progreso o debe ser un medio que se integra al ser humano y expande sus capacidades? ¿Aceptamos los límites que nos impone la condición humana o los modificamos con las herramientas de la biotecnología? ¿Nuestra meta es crear una sociedad más justa y ética o crear una sociedad donde el individuo poshumano se convierte en dominante y finalmente acabará siendo el superviviente evolutivo?

Estas, por supuesto, son las preguntas entre los extremos. Confiemos en que la Masonería pueda encontrar un camino equilibrado, el camino del medio, que mantenga la llama del humanismo para lograr lo mejor del poshumanismo.

Esta edición de *Adoniram* busca responder algunas preguntas y, como siempre, servir de base para las reflexiones de todos nuestros Hermanos.

Ernesto Camacho Balbrink, M.:M.:

El transhumanismo y la fractura antropológica: la última desigualdad humana

Por Milton Arrieta-López, 33º

La humanidad siempre ha sentido una fascinación irresistible por la superación de sus límites. Mucho antes de que existieran los laboratorios, los algoritmos o los microprocesadores, los seres humanos ya soñaban con desafiar las fronteras impuestas por la naturaleza. Prometeo robó el fuego a los dioses para entregarlo a los hombres; Ícaro intentó conquistar el cielo con alas artificiales; los alquimistas buscaron la piedra filosofal y los exploradores navegaron hacia horizontes desconocidos convencidos de que toda frontera estaba destinada a ser superada.

La historia humana puede leerse, en gran medida, como la historia de una rebelión permanente contra la limitación, o tal vez, contra la entropía. Cada avance científico ha representado una victoria parcial sobre aquello que parecía inevitable. La medicina redujo enfermedades que durante siglos diezmaron poblaciones enteras. La ingeniería multiplicó las capacidades físicas del ser humano. La informática amplió su capacidad de comunicación y procesamiento de información. Sin embargo, todos

esos avances compartían una característica fundamental: transformaban el entorno humano sin alterar sustancialmente la naturaleza biológica del propio ser humano.

El transhumanismo introduce una posibilidad radicalmente distinta.

El término fue popularizado por Julian Huxley (1957), quien sostenía que la especie humana podía trascenderse a sí misma mediante el conocimiento y la ciencia. Décadas después, el concepto fue desarrollado por autores como Nick Bostrom (2005), para quien el transhumanismo constituye una corriente intelectual y tecnológica orientada a utilizar los avances científicos con el propósito de ampliar las capacidades humanas más allá de las limitaciones biológicas actualmente existentes.

La diferencia parece sutil, pero resulta trascendental. Ya no se trata simplemente de crear herramientas más sofisticadas o de modificar el entorno para hacerlo más favorable a nuestras necesidades. El objetivo consiste en modificar al propio ser humano. En otras palabras, la tecnología deja de ser un instrumento externo para convertirse progresivamente en una extensión integrada del cuerpo y de la mente.

Las tecnologías asociadas al transhumanismo son múltiples. Entre ellas se encuentran la ingeniería genética, la inteligencia artificial, la nanotecnología, las prótesis inteligentes, los sistemas avanzados de bioingeniería y las denominadas interfaces cerebro-computador. Estas últimas representan quizás uno de los desarrollos más fascinantes y, al mismo tiempo, más inquietantes de la actualidad.

Empresas como Neuralink trabajan en el desarrollo de dispositivos capaces de establecer comunicación directa entre determinadas señales neuronales y sistemas informáticos. El objetivo inmediato consiste en permitir que personas con graves limitaciones motoras puedan interactuar con dispositivos electrónicos mediante la actividad cerebral. Los resultados preliminares obtenidos en este ámbito han despertado enormes expectativas dentro de la comunidad científica.

Desde una perspectiva terapéutica, estos avances poseen un indudable valor humanitario. Restituir capacidades perdidas, ayudar a personas con discapacidades severas o combatir enfermedades neurodegenerativas constituye una aspiración legítima y profundamente compatible con la dignidad humana.

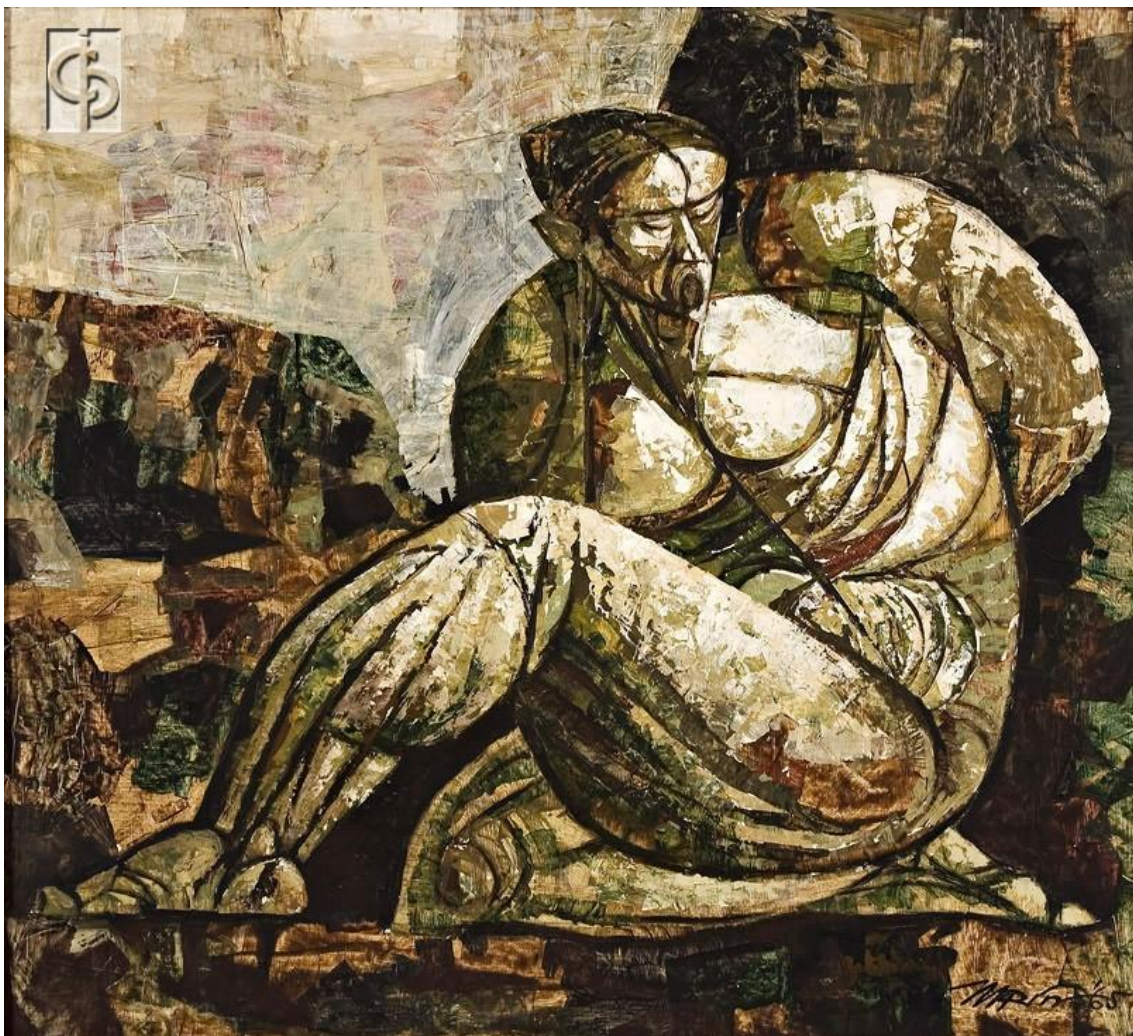
No obstante, la discusión sobre el transhumanismo comienza precisamente allí donde termina la medicina tradicional.

Curar una enfermedad implica restaurar una función afectada. Mejorar un ser humano implica algo diferente: otorgarle capacidades superiores a las que normalmente posee la especie humana.

Esta diferencia resulta fundamental.

El concepto conocido como *human enhancement* o mejora humana hace referencia precisamente al uso de tecnologías destinadas no a sanar, sino a aumentar capacidades cognitivas, físicas o sensoriales más allá de los estándares biológicos ordinarios. La memoria, la velocidad de aprendizaje, la capacidad de concentración, la percepción visual, la resistencia física o incluso la longevidad podrían convertirse en ámbitos susceptibles de optimización tecnológica.

A primera vista, semejante posibilidad parece extraordinariamente atractiva. ¿Quién no querría aprender más rápido? ¿Quién rechazaría una memoria más eficiente? ¿Quién se opondría a una vida más larga y saludable?



Augusto Marín, "Prometeo encadenado", 1965 Museo de Arte de Puerto Rico

Sin embargo, detrás de estas preguntas aparentemente simples se oculta una cuestión mucho más profunda: ¿existe un punto a partir del cual la mejora humana deja de ser una mejora del ser humano para convertirse en la creación de algo distinto al ser humano?

La pregunta puede parecer exagerada. No obstante, basta observar las implicaciones reales de algunas de estas tecnologías para comprender la magnitud del problema.

Imaginemos dos estudiantes universitarios igualmente inteligentes, igualmente disciplinados e igualmente comprometidos con sus estudios. Uno de ellos dispone únicamente de sus capacidades biológicas naturales. El otro posee implantes neuronales capaces de potenciar su memoria, acelerar sus procesos de aprendizaje, traducir instantáneamente idiomas extranjeros y mantener una conexión permanente con sistemas avanzados de inteligencia artificial.

Formalmente ambos continúan siendo seres humanos.

Pero ¿continúan siendo realmente iguales en términos de oportunidades?

La misma pregunta podría formularse respecto del mercado laboral, de la investigación científica, de la administración pública o incluso de la representación política.

¿Cómo competiría un investigador convencional frente a otro capaz de procesar cantidades masivas de información mediante sistemas cognitivos aumentados?

¿Cómo competiría un profesional ordinario frente a individuos cuyas capacidades intelectuales hayan sido significativamente potenciadas mediante tecnologías inaccesibles para la mayoría?

Durante siglos, las desigualdades humanas fueron principalmente económicas, sociales o culturales. Existían diferencias de riqueza, educación o poder, pero todos los seres humanos compartían esencialmente la misma condición biológica. El transhumanismo introduce la posibilidad de una desigualdad mucho más profunda: una desigualdad incorporada al propio individuo.

Por primera vez en la historia, la brecha entre privilegiados y excluidos podría dejar de medirse únicamente en dinero para comenzar a medirse en capacidades cognitivas, físicas y biológicas.

Esta posibilidad obliga a reflexionar sobre una noción que podría convertirse en uno de los grandes desafíos filosóficos del siglo XXI: la fractura antropológica.

La fractura antropológica no consiste simplemente en una diferencia tecnológica. Consiste en la aparición de grupos humanos cuyas capacidades resulten tan divergentes que la experiencia compartida de pertenecer a una misma comunidad humana comience a erosionarse.

La modernidad política se construyó sobre una premisa fundamental: todos los seres humanos poseen igual dignidad y deben ser tratados como iguales ante la ley. Esa igualdad nunca implicó uniformidad absoluta. Los seres humanos siempre han sido distintos entre sí. Sin embargo, la igualdad jurídica y política descansaba sobre el reconocimiento de una condición humana común.

La pregunta que plantea el transhumanismo es inquietante precisamente porque cuestiona ese presupuesto.

¿Qué ocurrirá cuando algunos individuos puedan modificar sistemáticamente sus capacidades biológicas mientras otros permanezcan sujetos a las limitaciones tradicionales de la especie?

¿Qué ocurrirá cuando las diferencias de capacidad dejen de ser el resultado de la educación, el esfuerzo o las circunstancias sociales y se conviertan en el resultado de mejoras tecnológicas incorporadas al organismo?

La historia enseña que toda innovación tecnológica significativa tiende inicialmente a concentrarse en grupos reducidos con acceso privilegiado al capital, al conocimiento y a las infraestructuras necesarias para desarrollarla. No existe ninguna razón para pensar que las tecnologías de mejora humana seguirán una lógica diferente.

Por el contrario, la innovación tecnológica contemporánea se encuentra fuertemente concentrada en grandes corporaciones privadas y en reducidos grupos económicos con una capacidad de inversión extraordinaria. En consecuencia, resulta razonable preguntarse quién controlará las tecnologías destinadas a redefinir las capacidades humanas.

El problema ya no sería únicamente la existencia de élites económicas. Podría surgir una nueva forma de estratificación integrada por élites biotecnológicas o cognitivas, compuestas por individuos tecnológicamente aumentados y capaces de acceder a ventajas inaccesibles para la mayoría de la población.

La preocupación no es producto de una actitud hostil hacia la ciencia. De hecho, la ciencia constituye uno de los mayores logros de la civilización humana. Gracias a ella se han reducido sufrimientos, ampliado libertades y mejorado significativamente las condiciones de vida de millones de personas.

La cuestión consiste en reconocer que el progreso técnico y el progreso moral no siempre avanzan al mismo ritmo.

La historia ofrece numerosos ejemplos de tecnologías extraordinarias utilizadas para fines profundamente cuestionables. Por ello, toda reflexión sobre el futuro tecnológico debe ir

acompañada de una reflexión ética y jurídica igualmente rigurosa.

En este punto adquieren especial relevancia los denominados derechos humanos de solidaridad o de tercera generación. Estos derechos surgieron para responder a desafíos que exceden las capacidades de actuación aislada de los Estados y exigen la cooperación de la comunidad internacional. Entre ellos se encuentran el derecho al desarrollo, el derecho a la paz, la protección del medio ambiente y el acceso a los beneficios del progreso científico.

Ramírez Castiblanco (2022) sostiene que el acceso a los avances científicos constituye un derecho humano emergente cuya importancia se hizo especialmente visible durante la pandemia global. Del mismo modo, el artículo 15 del Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales reconoce el derecho de toda persona a participar en los beneficios del progreso científico (ONU, 1966).

La UNESCO (2017) ha insistido igualmente en la necesidad de garantizar que la ciencia contribuya al bienestar de toda la humanidad y no únicamente al beneficio de sectores privilegiados.

Sin embargo, uno de los grandes problemas del derecho internacional contemporáneo consiste en que muchos de los derechos de solidaridad poseen un reconocimiento más declarativo que efectivo. Con frecuencia son

concebidos como aspiraciones éticas o políticas, pero carecen de mecanismos suficientemente robustos para garantizar su cumplimiento.

Precisamente por ello se ha planteado la necesidad de avanzar hacia una progresiva positivización de estos derechos, es decir, hacia la construcción de instrumentos jurídicos capaces de hacerlos exigibles y coercibles. Como se ha señalado en el ámbito doctrinal, la concreción de los derechos de solidaridad constituye una condición indispensable para enfrentar los desafíos globales del presente y del futuro (Arrieta-López, 2023).

Si algún día la humanidad decidiera avanzar colectivamente hacia formas de mejoramiento humano propias del transhumanismo, la universalización del acceso a dichos avances debería constituir una condición ética mínima e irrenunciable. No porque ello elimine todos los riesgos, sino porque impediría que la tecnología destinada a ampliar las posibilidades humanas se transforme en un mecanismo de exclusión biológica.

Aun así, incluso bajo un escenario de acceso universal, persistiría una interrogante fundamental. El problema del transhumanismo no se reduce únicamente a quién tendrá acceso a la mejora humana. También obliga a preguntarse qué significa seguir siendo humano cuando la naturaleza humana se convierte en objeto de diseño tecnológico.

Quizás la gran cuestión filosófica del siglo XXI no sea si podremos transformar nuestra naturaleza, sino si sabremos reconocer los límites que conviene preservar.

Porque toda civilización necesita fronteras. Algunas son geográficas. Otras son jurídicas. Otras son morales. La más importante de todas podría ser aquella que protege la conciencia de que, más allá de nuestras diferencias, seguimos perteneciendo a una misma humanidad.

Si la especie humana decide algún día cruzar el umbral del transhumanismo, deberá hacerlo recordando que ningún avance científico tiene valor suficiente para justificar la destrucción de la igualdad fundamental entre los seres humanos. De lo contrario, la mayor conquista tecnológica de nuestra historia podría convertirse también en nuestra más profunda derrota moral.

El verdadero riesgo del siglo XXI podría no consistir en que las máquinas lleguen a parecerse a los seres humanos. El verdadero riesgo consiste en que algunos seres humanos dejen de parecerse a los demás.

Referencias

Arrieta-López, M. (2023). *El derecho humano a la paz: contenido, retos y formas de concreción*. *Justicia*, 28(43). <https://doi.org/10.17081/just.28.43.6180>

Bostrom, N. (2005). *A history of transhumanist thought*. *Journal of Evolution and Technology*, 14(1), 1-25.

Huxley, J. (1957). *New bottles for new wine*. Chatto & Windus.

Organización de las Naciones Unidas. (1966). *Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales*. Naciones Unidas.

Ramírez Castiblanco, M. C. (2022). Los avances científicos como derecho humano de tercera generación en tiempos de pandemia. *Jurídicas CUC*, 18(1), 53-84. <https://doi.org/10.17981/juridcuc.18.1.2022.03>

UNESCO. (2017). *Recomendación sobre la ciencia y los investigadores científicos*. UNESCO.

La disolución de lo humano: crisis espiritual y pérdida del vínculo

Por: Danilo E. Ramírez García, 4º

Vivimos en una época que se describe a sí misma desde la crisis —política, económica, ecológica—, como si distintas dimensiones de la vida social estuvieran sometidas a tensiones que no terminan de resolverse. Sin embargo, hay una dimensión que no suele formar parte de ese diagnóstico y cuya ausencia no es menor: una crisis espiritual que afecta la manera en que se sostiene la experiencia de lo humano.

No se trata de una disminución de la religiosidad ni de un desplazamiento de los sistemas de creencias, sino de una transformación en la forma en que se experimenta la relación, pues si algo permite reconocer lo humano no es únicamente su capacidad de pensar o de producir, sino la forma en que se vincula; y es precisamente allí donde se hace visible una alteración que no puede reducirse a lo social ni a lo tecnológico.

Cuando aquí se habla de espiritualidad, no se hace referencia a una doctrina ni a una práctica específica, sino a una cualidad de la experiencia: la posibilidad de no entenderse como entidad aislada.

Distintas tradiciones filosóficas han sostenido esta idea con claridad: el pensamiento dialógico mostró que el yo no se constituye en soledad, sino en el encuentro (Buber, 1970), y la ética de la alteridad planteó que la relación con el otro no es una elección, sino una condición (Levinas, 1969). Desde ahí, la espiritualidad puede entenderse como la capacidad de sostener esa apertura; su crisis, como la dificultad creciente para experimentarla.

El humanismo moderno permitió afirmar la dignidad del ser humano y desplazar formas de subordinación que limitaban su autonomía. Sin embargo, esa afirmación derivó en una forma de centralidad que no distinguió entre el reconocimiento de lo humano y la consolidación del yo como medida de lo real. La consecuencia fue una transformación en la forma de relación: el conocimiento se organizó en torno a la fragmentación, la razón se afirmó como instrumento de dominio y la experiencia dejó de comprenderse como parte de un entramado para ser tratada como objeto.

Las corrientes que hoy proponen la superación de lo humano no resuelven esta transformación, sino que la prolongan bajo otras formas; el transhumanismo plantea la ampliación de las capacidades humanas mediante la tecnología, pero mantiene la lógica de un sujeto que se concibe como centro, mientras que el posthumanismo cuestiona esa centralidad, aunque en ocasiones lo hace sin esclarecer aquello que hacía significativa la experiencia humana. En ambos casos, la crisis espiritual no desaparece: se desplaza.

En la experiencia cotidiana, esta transformación se manifiesta en procesos de fragmentación que no pueden leerse únicamente como ampliación de la diversidad. La proliferación de identidades y formas de autoafirmación responde, en muchos casos, a necesidades de reconocimiento; sin embargo, también ha contribuido a configurar espacios en los que la relación se debilita, pues la pertenencia se construye por diferenciación mientras el horizonte común pierde consistencia. A esto se suma una lógica de validación en la que toda posición tiende a ser reconocida sin mediación, lo que afecta la posibilidad de construir criterios compartidos y debilita el lugar del diálogo.

Cuando no existen condiciones para el desacuerdo, tampoco existen condiciones para la construcción conjunta.

En este contexto, la tradición ha sido descartada bajo la idea de que limita la libertad, cuando en realidad cumple una función que no puede sustituirse sin consecuencias:

sostiene la continuidad del sentido. La tradición no es repetición, sino transmisión, y en ese proceso se transforma; sin embargo, dicha transformación no implica que todo pueda modificarse sin afectar la orientación de la experiencia. Las tradiciones que no se transforman se vuelven dogma, pero aquellas que se disuelven obligan a recomenzar sin referencia; he ahí la importancia de reconocer el valor profundo de las tradiciones, sin perder la memoria y entendiéndolas como dinámicas, orgánicas y vivas, es decir, profundamente humanas.



Por otro lado, la memoria se inscribe en este mismo panorama; no se trata de una carencia de información, sino de una dificultad para integrarla en la experiencia. Cuando la memoria no se sostiene, el presente pierde espesor y se vuelve intercambiable, incluso negociable, lo que afecta la posibilidad de situarse en relación con otros y con lo que ha sido. El problema se agudiza cuando se comprende de manera errada el vínculo entre memoria y silencio, pues el silencio se presenta, al menos, en dos formas que no son equivalentes: por un lado, aquel que permite la escucha y hace posible la comprensión; por el otro, aquel que interrumpe la continuidad, se vuelve ruidoso y conduce al olvido. El primero sostiene la experiencia; el segundo la debilita.

Además, en medio de estos procesos, la tecnología introduce una tensión adicional: la ampliación de las formas de conexión no implica una ampliación equivalente de la experiencia del vínculo. Es decir, la comunicación se intensifica, pero no necesariamente produce encuentro; y la proximidad mediada no sustituye la presencia. Esto no constituye una anomalía, sino una transformación que afecta la manera en que se organiza la relación.

La crisis espiritual contemporánea a la que se hace referencia no es un fenómeno aislado, propio de ciertas culturas, territorios o prácticas; atraviesa la forma en que se construye sentido y se habita lo común.

Frente a esto, la cuestión no se resuelve ni en la reafirmación del humanismo ni en su abandono, sino que implica desplazar la pregunta: no en la definición de lo humano como entidad, sino en la forma en que se sostiene la relación. Desde esta perspectiva, puede pensarse en un humanismo de la otredad, en el que lo humano no se define por su autosuficiencia, sino por su exposición a aquello que no controla. Como han señalado algunas corrientes contemporáneas, la identidad no se afirma aislándose, sino en relación con los otros (Derrida, 1997; Mèlich, 2010).

Esto no implica eliminar la diferencia, sino evitar que se convierta en una forma de cierre, pues la relación no anula la singularidad, pero tampoco la convierte en frontera.

Hay dimensiones de la experiencia —la memoria, el vínculo, la apertura— que no pueden tratarse como opcionales sin que se altere aquello que permite reconocer lo humano.

Referencias

Buber, M. (1970). *I and Thou*. Scribner.

Derrida, J. (1997). *Of Grammatology*. Johns Hopkins University Press.

Levinas, E. (1969). *Totality and Infinity: An Essay on Exteriority*. Duquesne University Press.

Mèlich, J.-C. (2010). *Ética de la compasión*. Herder.

Weber, M. (2002). *La ciencia como vocación*. Alianza.

La Masonería como respuesta a la crisis de la humanidad.

Ernesto Camacho Balbrink, M.: M.:

Considero que podemos tomar como un hecho que los seres humanos, desde que tenemos uso de razón, hemos considerado que vivimos en tiempos de crisis. Siempre hemos tenido la tendencia a mirar hacia atrás y añorar una edad de oro donde la civilización era más feliz, prospera y justa, o a mirar hacia futuros utópicos en donde de alguna forma llegaremos a esa sociedad ideal.

Este sentimiento de crisis, de peligro mortal, de cercanía a la autodestrucción, es el motor del desarrollo, el combustible de los pensadores, la guía de los estadistas (que ya no son los políticos) y el norte ideal de la mayoría de los individuos. El problema es que, en el momento actual, la crisis pareciera ser más profunda que nunca, la solución más inalcanzable, se ha roto la esperanza de salvación, el pesimismo parece permearlo todo y estamos dispuestos a sentarnos y ser simples espectadores de nuestra desgracia. Ya no reconocemos a un líder que nos guíe en el camino ni a una institución que nos de refugio y guías de supervivencia.

La crisis actual

Abundan los textos, análisis y diagnósticos de la crisis actual. Hay diferentes enfoques, pero todos parecen coincidir en que vivimos en un entramado de causas y condiciones que nos permiten hablar de una policrisis, en donde la globalización y la interconexión generan una sinergia negativa y un bucle en constante crecimiento, que es lo que nos genera esa visión catastrófica del fin de la humanidad.

Desde el punto de vista macroeconómico, político y social, podríamos hablar de los siguientes fenómenos:

- La polarización política y social como respuesta a la crisis de los sistemas de pensamiento tradicionales. La ruptura del equilibrio de la guerra fría y la reorganización de la geopolítica han traído un tiempo de incertidumbre a nivel global, que incluye la debilitación de los organismos multilaterales de apoyo y control.
- A nivel local hay un enfrentamiento entre los sistemas que defienden las políticas libertarias y neoliberales, recurriendo al renacimiento de los nacionalismos, frente a los sistemas que promulgan la intervención del estado en la protección de la sociedad y una repartición más justa de los recursos.
- Una crisis climática y ecológica que provoca eventos climáticos extremos, desplazamientos y crisis energéticas y alimentarias, el rápido agotamiento de los recursos y que genera enfrentamientos entre los ambientalistas y los negacionistas que necesitan mantener su productividad y sus beneficios económicos a costo del futuro del planeta.
- La profundización de la desigualdad socioeconómica a nivel mundial. Si bien muchos indicadores de salud, expectativa de vida, nutrición y demás han mejorado, la distribución de los recursos y las oportunidades de trabajo y desarrollo parecen disminuir, además de la precarización laboral generada por las herramientas tecnológicas y los cambios legislativos que buscan proteger a las empresas. Cada vez parece ser mayor la brecha entre los más ricos y los más pobres, y seguimos viendo explotación laboral que raya con la esclavitud moderna, especialmente en los países no industrializados.
- La crisis tecnológica generada por la IA, que apenas empieza a manifestarse, está generando una pérdida de empleos debido a la automatización y llevando a las personas a una economía de supervivencia.

- Una crisis a nivel global impulsada por las redes sociales que está generando cambios de comportamiento y de desempeño mental, además de la crisis de la verdad generada por la desinformación en todo tipo de temas.



OMS, Amplia destrucción en la Franja de Gaza tras los ataques aéreos israelíes del 10 de octubre de 2023. Página Web ONU

Estos puntos de la crisis son ajenos a la voluntad de los individuos. Más allá de algunas pocas decisiones electorales y del ejercicio de mecanismos de control político, poco o nada podemos hacer frente a las decisiones de nuestros líderes, que parecen seguir la hoja de ruta marcada por las grandes corporaciones transnacionales.

Pero, esa incapacidad de acción nos lleva a un sentimiento de impotencia y soledad, a una vida en el miedo constante que ha generado a su vez una crisis de salud mental, de la que podemos destacar los siguientes elementos:

- La paradoja de la desconexión. Mientras la tecnología rompe las barreras del tiempo y el espacio, rompe también los canales de comunicación y de relacionamiento. Cada vez interactuamos menos con las personas, inclusive cuando las tenemos sentadas frente a nosotros.
- Las redes sociales nos han condicionado a buscar gratificación inmediata y de fácil consumo. La técnica del scrolling la llevamos a todos los aspectos de la vida, inclusive a las relaciones personales en donde la menor incomodidad nos lleva a cancelar al otro.
- La fragilidad de las relaciones nos lleva a un sentimiento de soledad, fragmentación y vacío que compensamos con consumo de redes o de sustancias que anestesien nuestros sentimientos, incapacitándonos cada vez más para entendernos y gestionarnos emocionalmente.

- Como afirma Byung -Chul Han, nos hemos convertido en autoexplotadores. La cultura del rendimiento, del todo se puede si quieres, de la competitividad que se gestiona y califica desde la comparación permanente en redes sociales nos ha llevado a un trabajo constante para producir y tener, destruyendo los espacios de silencio, introspección y autoconocimiento que son las bases del bienestar espiritual.
- La competitividad, la necesidad de surgir y la escasez de recursos nos ha llevado a una destrucción de la empatía, de los espacios de comunión y de los lazos sociales, generando una epidemia de soledad y una crisis de las instituciones que generaban el sentido de comunidad ante su incapacidad de generar respuestas y soluciones adecuadas.

En conclusión, parece que la tecnología que debía generar bienestar ha generado caos y conflicto. No hemos actualizado nuestra forma de vivir frente a los cambios que hemos generado con las herramientas tecnológicas, entre otros, llevándonos a una crisis existencial en donde cambiamos comunidad por redes artificiales, los momentos de intimidad por una urgencia de conectividad anónima y la búsqueda de sabiduría interior por un exceso de información que satura nuestra capacidad de análisis. Nuestra ética, nuestra mentalidad se han quedado rezagadas frente al avance cada vez más rápido de la tecnología.

La Masonería como respuesta a la crisis

La Masonería no es ajena a esta crisis. No analizaremos aquí cómo la ha afectado internamente, pero es claro que refleja en su interior lo que sucede en el exterior. Así como tratamos de llevar nuestra luz al mundo profano, es imposible evitar que las sombras del mundo profano entren en nuestros templos.

Nuestra lentitud para revisarnos internamente como organización y para ajustarnos a estas nuevas realidades ha hecho que los miembros de la orden sean cada vez menos. Según un artículo publicado por el portal NPR, “la cantidad global de masones ronda actualmente los 6 millones, pero el número de miembros ha experimentado una notable caída a largo plazo, con una disminución de hasta un 75% desde su “época de oro” en la década de 1950 (cuando llegó a superar los 4 millones de afiliados solo en Estados Unidos)”.¹

¹ <https://www.npr.org/2020/11/28/937228086/freemasons-say-theyre-needed-now-more-than-ever-so-why-are-their-ranks-dwindling>

Nuestra respuesta ha sido tratar de adaptarnos a los nuevos tiempos haciendo uso de las redes sociales, publicitando nuestras páginas web y dando la posibilidad de tocar las puertas del Templo desde diversos canales, pensando que así podremos recibir nuevas solicitudes y recuperar nuestro esplendor. Pero, si no ajustamos el contenido, nada sacaremos con modificar la forma. No se trata de darnos a conocer, de volvernos visibles, si no tenemos nada nuevo que ofrecer a los hombres y mujeres que necesitan un espacio para enfrentar la crisis existencial.

Para que la Masonería funcione como un refugio y un catalizador a la crisis de la humanidad, debe modificar y actualizar la filosofía y las prácticas que heredó de los masones operativos y que han funcionado casi sin cambio en los últimos 300 años.

Ya no se trata de seguir ufanándonos de la participación de la mujer en la masonería liberal y adogmática, ni del orgullo que nos produce nuestra apertura política y religiosa, que en este momento parecieran ser los menores de los cambios logrados.

En mi opinión, para ser ese espacio de crecimiento personal y espiritual, las herramientas y el simbolismo masónico deberían orientarse a trabajar en los siguientes aspectos:

- **Fortalecer la sacralidad de nuestros rituales y nuestros templos.** Fomentar la desconexión y la presencia real de nuestros hermanos, participando de forma consciente del ritual. Nuestra liturgia debe tener un desarrollo pausado, alejado de la frenética productividad del mundo exterior, en donde el único objetivo es llevar a la mente a un estado de relajación y contemplación. El nuestro debe ser un ritual de la desaceleración y la conexión.
- **Fomentar la comunidad.** Debemos cultivar la participación en el ágape y otros espacios comunitarios, no solo para los miembros de la orden, sino para sus familias y otros miembros de la comunidad. Desarrollar espacios de reflexión y de trabajo espiritual en donde compartamos nuestro camino de crecimiento y hagamos efectivo el acto de llevar nuestra luz al mundo profano. No hay trabajo más altruista que el que busca el bienestar mental y espiritual del otro.
- **Regresar a lo analógico.** Fomentar los espacios físicos del compartir, incluyendo espacios de trabajo manual o mental que ayuden a las personas a desconectarse de los dispositivos y retomar la relación con su cuerpo y su pensamiento. Convertir la logia en un espacio de resiliencia.
- **Brindar un espacio de acompañamiento espiritual contra el vacío existencial.** Si bien no podemos asumir el manejo de la salud mental de nuestros miembros, si podemos fortalecer el uso de nuestras herramientas para fortalecer

el desarrollo emocional, fortalecer el liderazgo de los Vigilantes y los Maestros en la guía ética de nuestros miembros. Debemos comprometernos con todas las personas de nuestro entorno en lo que nuestras propias herramientas lo permitan, y desarrollar las competencias que nuestra sociedad requiere.

- **Generar espacios seguros.** Nuestras logias, tanto en el templo como fuera de él, deben ser espacios seguros en donde las personas puedan validar sus temores a las amenazas del mundo moderno sin ser juzgadas como débiles. Igualmente, debe vivirse un ambiente de igualdad y respeto donde cualquier postura política, religiosa o de identidad de género es valorada y acogida sin reparos.
- **Cultivar la utilidad de lo inútil.** Recogiendo el manifiesto de Nuccio Ordine, promover activamente el ocio, la conversación alegre y no competitiva, el disfrute del arte y la literatura y cualquier otra práctica que rompa el ciclo del agotamiento.
- **Búsqueda común de propósito y trascendencia.** Ayudar a los miembros a responder a la pregunta *“¿Para que soy útil en el mundo?”*, buscando una respuesta que vaya más allá del éxito material. Brindar un espacio que permita construir un sentido de trascendencia a través del servicio a los demás, no solo en aportes económicos, sino en actividades sociales donde se done tiempo y conocimiento.
- **Fomentar redes de apoyo** mediante el ejercicio real de la fraternidad. La actividad de la hospitalía debe ir más allá de las obligaciones rituales y generar un espacio de hermandad y refugio.
- **Alfabetización tecnológica.** La Masonería debe reforzar el llamado a desarrollar el pensamiento crítico y analítico de sus miembros, apoyándolos en la alfabetización tecnológica entendida como el desarrollo de una visión crítica y ética para enfrentar la información falsa y la posverdad.

En conclusión, la Masonería debe alejarse de la lógica transaccional (¿Qué me puedes dar a cambio de lo que te da la Orden?) y cultivar la lógica de la relación (¿Cómo convivimos y nos cuidamos mutuamente?). El éxito de nuestras logias debe medirse por el nivel de paz, solidaridad y pertenencia que genera en sus hermanos y hermanas. La luz que emanará de su faro debe ser el egregor que surge del deseo de cada miembro de lograr el bienestar no solo de todos los masones, sino de la humanidad como un todo.

Si logramos fortalecer así el uso de nuestras herramientas tendremos algo sólido para comunicar, tendremos un espacio valioso para los miembros de la sociedad y volveremos a ser relevantes en este mundo cada vez más convulsionado.

El Origen del Humanismo

María Claudia Murillo. 4°

Para entender el surgimiento del humanismo, es menester dar un vistazo a los fenómenos que acompañaron su origen y desarrollo, bajo la confluencia de personajes que, por su capacidad de influir sobre los demás, determinaron el cambio de toda una cultura por medio de un movimiento que deviene del prehumanismo; momento entre las dos edades de Edad Media y Renacimiento; en que Francesco Petrarca: el Círculo de Padua y el Círculo de Verona: 1370-1420, desarrollara a plenitud, a partir de los logros de Alcuino, con su reforma a la educación, con que se logró empezar a leer a los autores clásicos directamente en sus textos, y no en antologías, como durante el Renacimiento Carolingio.

Aunque los gobiernos monárquicos, han sido más despreciados que apreciados, particularmente en occidente, el humanismo tuvo un principal impulso justamente durante la influencia del Imperio Carolingio, que enfatizó en la cultura clásica que se cultivaba en los monasterios, especialmente en la Escuela Palatina, que fuera fundada por Carlomagno en Aquisgrán, nacida de la congregación entre Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, bajo los antecedentes en la entronización de Carlomagno, contribuyendo de manera importante en la proyección de la región luego de la caída del Imperio romano.



Capilla Palatina (hoy catedral de Aquisgrán), declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Arquitecto Eudes de Metz. Estilo: Arquitectura carolingia. Inicio de construcción 792 - Diócesis de Aquisgrán, Alemania

Como fundador de las monarquías francesa y alemana, fue conocido como Carlos I, y denominado el padre de Europa, que referenciado por Pierre Riché “(...) Disfrutó de un destino excepcional, y por la dirección de su reinado, por sus conquistas, legislación y legendaria estatura, marcó profundamente la historia de Europa Occidental”. (Pérez Iglesias. 2020)

En primera instancia, desplegó una política expansiva, por medio de la conquista y anexión del reino lombardo en 774, mediante una alianza de los francos con el Papado; para conseguir Italia y Sajonia, entre los años 772 y 804; conformando los territorios que actualmente se conocen como Francia, Suiza, Austria, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, así como la mayor parte de Alemania, Italia, Hungría, República Checa, Eslovaquia y Croacia, logrando su entronización el día de navidad del año 800, bajo el nombre de Carlo Magno Emperador por parte del papa León III, para dar inicio al Imperio germánico, que sobrevivió comienzos del siglo XIX.

Por su parte, la escuela Palatina de Aquisgrán, encontró su impulso en el humanismo, entendido como movimiento de orden filosófico y cultural, con el que se pretendía rescatar la cultura clásica que solo se estudiaba en los monasterios, cuya tendencia ideológica se conoció como el “humanismo carolingio”, que buscaba reivindicar a la Antigua Roma, recuperando su literatura e idioma, claro está con los aspectos cristianos ya integrados a la cultura y adoptando también intelectuales provenientes de otras latitudes de Europa, lo que provocó el uso generalizado del latín entre personas cultas, buscando acceder a los textos antiguos, y demás aspectos que se pudieran ver como censurados en el momento.

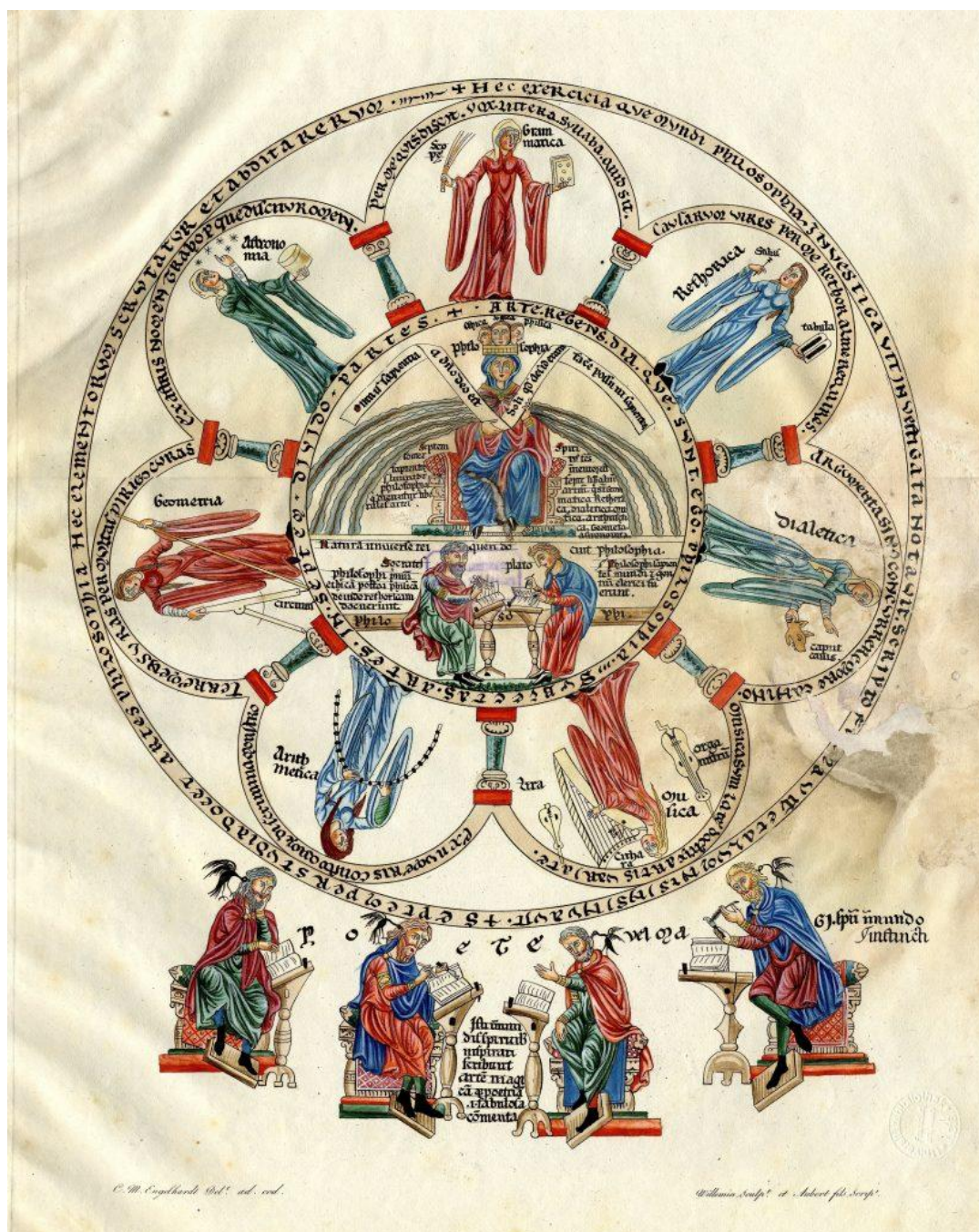
Es a raíz de ello, que reaparecen obras como la de Alcuino de York, de la orden de San Benito, en su tratado del trivium-quadrivium: letras-ciencias; quien llegó a la corte por invitación del mismo rey en el año 786, siendo a la vez, encargado de crear una escuela para formar una élite destinada a gobernar, establecer una cultura común que diera cohesión al imperio, y recuperar toda la cultura del mundo griego y romano de la antigüedad, so pena de desaparecer, siendo llamado para regir la Escuela Palatina junto con Paulo Diácono, Pedro de Pisa, Paulino de Aquilea y Teodulfo de Orleans. (Bulloug. 1987)



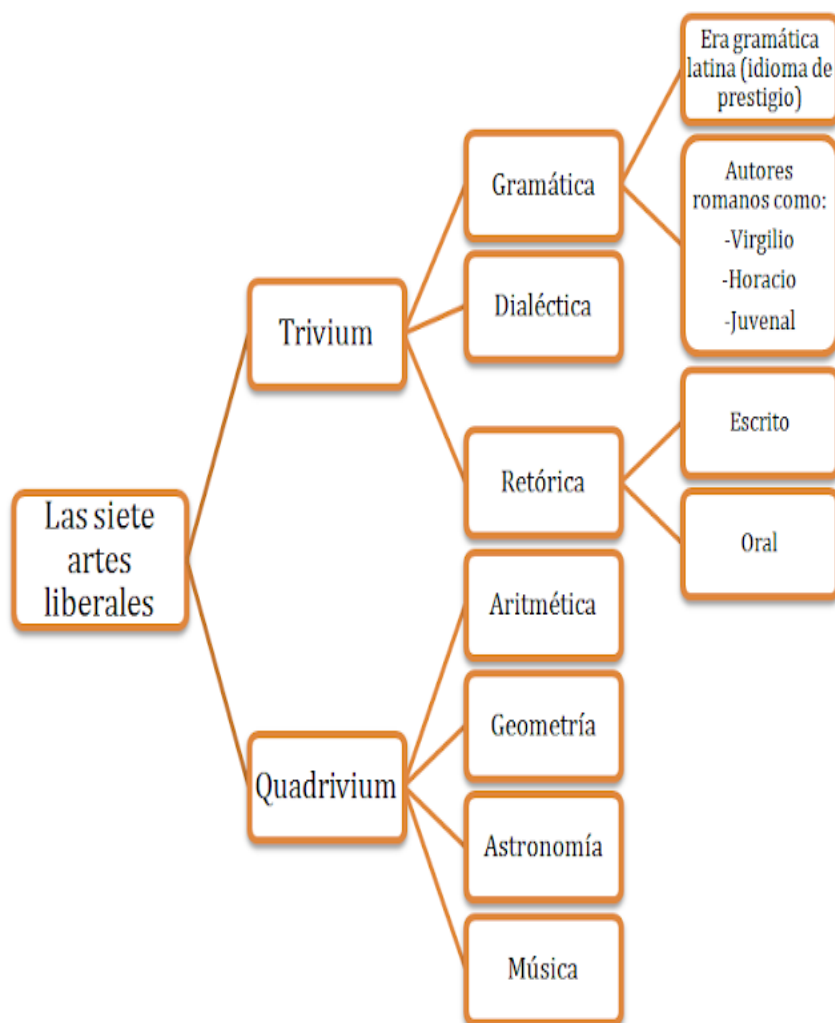
Trono real de Aquisgrán, “Trono de Carlomagno”. Construcción, 790.

Es entonces cuando Alcuino, por medio de las siete artes liberales, estructuró todo un sistema pedagógico que permitía a los discípulos, comprender fácilmente la estructura de los diferentes procesos de pensamiento y construcción de conocimiento; dividiéndolas en dos partes, por la primera con el propósito de aprender a pensar y comunicarse bien, el Trívium, concebido como una especie de caja de instrumentos fundamentales, en que por la gramática, se aprendían las reglas del idioma, por la retórica, se enseña el uso de dichas reglas, para ser persuasivo y, por la lógica, ser imparcial ante momento de emitir juicios; solo después de dominar el lenguaje, se puede empezar a estudiar lo que

comprende el Cuadrivium, la segunda parte, en desarrollo de las matemáticas, por medio de la aritmética se tenía el conocimiento para manejar las cuentas del imperio, por la geometría se desarrollaba la construcción, por la astronomía se organizaban los calendarios agrícolas y los temas de navegación, mientras que la música, a pesar de conocerse como un arte, se utilizaba para entender las fórmulas matemáticas que rigen el universo.



De esta manera, tuvo inicio la primera sistematización de la escritura conocida, por medio de la cual se comprendían mejor los textos, ya que los libros antiguos estaban escritos con palabras seguidas sin interrupción alguna, escasamente con algunos signos como las comas y los puntos; estando escritos en mayúscula sostenida, en su totalidad, se creó la minúscula carolina, disponiéndose el uso de mayúsculas solo al principio de las frases, en letras redondeadas y, obligando el uso de comas y puntos de manera más precisa, para diferenciar una frase de otra; lo que sirvió para estandarizar la escritura en Europa; constituyéndose Alcuino, finalmente, como el creador de un nuevo modelo de educación, al promover la creación de las universidades, como la de Bolonia en 1088, la de Oxford en 1096 (Formalizada en 1249), la Salamanca en 1218 y, la de Padua en 1222; preservando además, el conocimiento antiguo de Grecia y Roma; para crear las bases del verdadero humanismo carolino, centrándose en el mejoramiento del ser humano mediante el uso de las siete artes liberales.

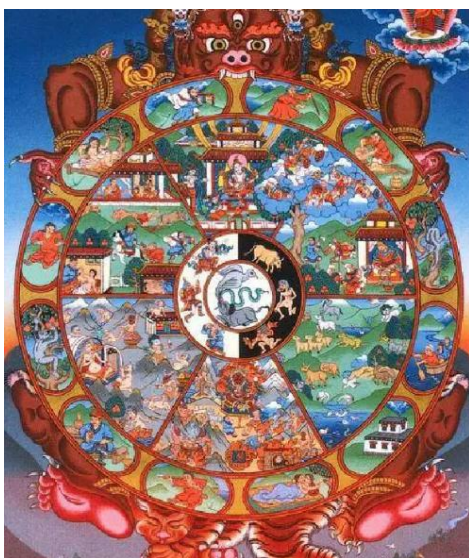


Las siete artes liberales

A partir de estos momentos, en que prevalecía la necesidad del rescate cultural de Roma, a raíz de las correrías de Manuel Crisoloras por ciudades como Florencia, Milán, Venecia y Pavía, donde vieron la luz, escuelas bajo el mecenazgo de las grandes familias como los Medici, que contribuyeron con la financiación para adquirir copias de obras que reposaban en los seminarios bizantinos, ante el afán de adquirir y difundir conocimiento.



Universidad de Bolonia, 1088



Rueda de Samsara (Budismo)

De otro lado, es significativo tener en cuenta el aporte de las filosofías que llegaban de oriente, a través de la ruta de la seda, pues bien, fueron los estudios vedas, yoguis y budistas, quienes se ocuparon de dar un sentido a las cuestiones humanas, como la razón, puesto que, en la medida que cobraba importancia el humanismo renacentista, aspectos como la ética y la moral, desglosadas de los cánones religiosos, fueron ocupando espacio, en la medida que la psicología se abre espacio en los centros de estudio, siendo la razón y la contemplación, los instrumentos para lograr la liberación e iluminación del ser del *Samsara*. (*Tsenshap Serkong Rinpoche*).

Por el Mediterráneo, ingresando las epopeyas como el *Poema de Gilgamesh* mesopotámico, o la *Iliada* griega, comienzan a situar al ser humano en el centro de su perspectiva epistémica; es así, como la filosofía griega, nace con una manera de entender el carácter humanista del ser, respecto de un cosmos que expresa leyes al margen del arbitrio de los dioses, donde es importante dicha razón humana, para discernir sobre dichos principios.



Epopéya de Gilgamesh

Bibliografía

Enciclopedia.com. Carlomagno. Actualizado 27 de junio de 2018.
<https://www.encyclopedia.com/people/history/french-history-biographies/charlemagne>

Pérez Iglesias, Juan Ignacio (UPV) / The Conversation. Todos los europeos son descendientes de Carlomagno. Historia – Nacional Geographic. 09 de enero de 2020.
https://historia.nationalgeographic.com.es/a/todos-europeos-son-descendientescarlomagno_14960?utm_source=facebook&utm_medium=social&utm_campaign=trafico&fbclid=IwY2xjawR9nWdleHRuA2FlbQIxMQBiemlkETFWZHZNUExGRIBhbG9xT2g4c3JoYwZhchBfaWQQMjlyMDM5MTc4ODIwMDg5MgABHgws2YeW4JOMxhj3b-ZI73q5JqvH-UVLIHJDty4o7fcvmfWQjKU-HbD8PtjA_aem_rjfoMlaZJir9qBCdesUVHg

Tsenshap Serkong Rinpoche. Renunciar a los sufrimientos del samsara.
<https://studybuddhism.com/es/budismo-tibetano/el-camino-hacia-la-iluminacion/comentarios-sobre-los-textos-lam-rim/comentario-sobre-el-fundamento-de-las-buenas-cualidades-tenshap-serkong-rinpoche>.

¿Quién entra al templo? El sujeto iniciático ante la disolución posthumanista del yo

Roberto Certain Ruiz, 33°

“... el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro de arena.”
Michel Foucault, *Las palabras y las cosas* (1968, p. 375)

***Nota preliminar:** Este artículo se concentra en el desafío posthumanista al sujeto iniciático. El transhumanismo, que propone superar los límites biológicos mediante la tecnología, es una problemática distinta, igualmente urgente, que merece tratamiento separado.*

I. El umbral y su presupuesto

Hay un momento en la iniciación que la liturgia masónica nunca ha necesitado explicar, porque lo dice todo sin palabras: el profano entra vendado, sin metales, con una soga al cuello, desorientado en el espacio y en el tiempo.

Esa arquitectura del umbral no es decoración ritual, sino una afirmación filosófica precisa, aunque implícita, hay alguien que entra. Un yo con nombre, con historia, con el peso de una vida anterior que el rito habrá de transformar. Sin ese presupuesto, la ceremonia es teatro vacío. Con él, es la promesa más antigua de la tradición iniciática occidental, que el ser humano puede llegar a ser distinto de lo que era, y que esa diferencia importa.

El posthumanismo, corriente filosófica hoy dominante en buena parte de las humanidades y las ciencias sociales, niega precisamente ese presupuesto. Vale aclarar desde el principio que no se trata de una tradición homogénea, Foucault, Haraway, Braidotti y Hayles son pensadores con agendas distintas y a veces en tensión entre sí. Lo que aquí se llama “posthumanismo” es el nombre provisional para lo que comparten, la crítica al sujeto sustancial, autónomo y auto fundante que la modernidad inventó. Si esa crítica es correcta, la pregunta que la Masonería tiene que enfrentar es incómoda y urgente: ¿quién entra, entonces, al templo?

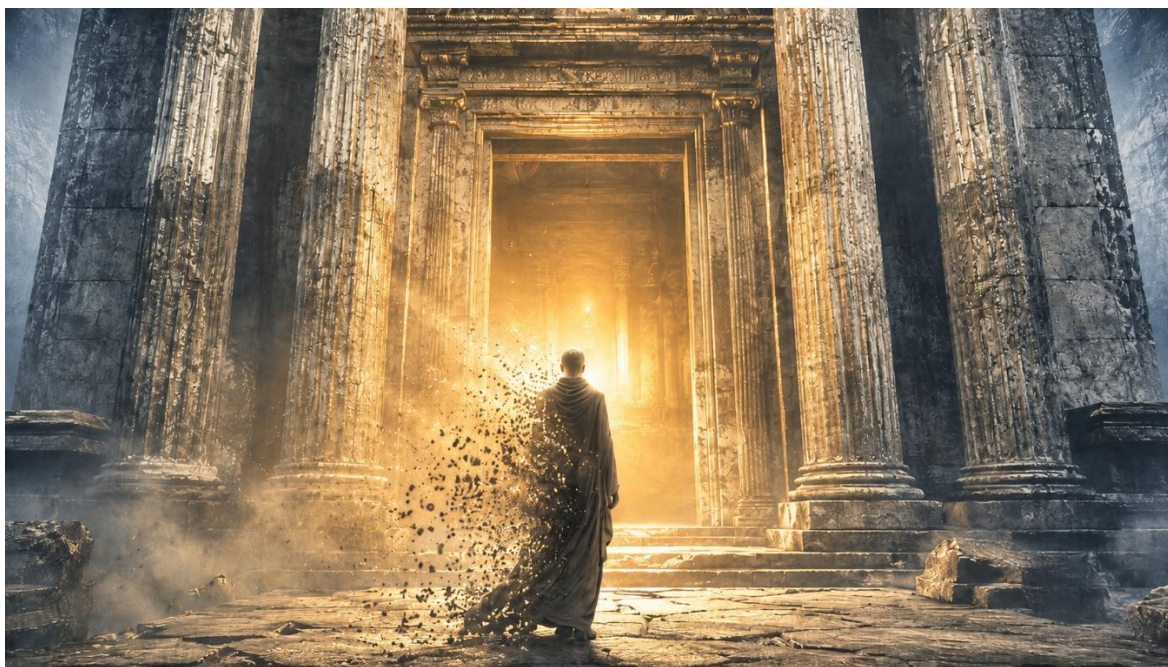
II. La piedra bruta y sus presupuestos filosóficos

La Masonería especulativa heredó del humanismo renacentista una convicción que rara vez formuló como tesis filosófica explícita, pero que estructura todo su sistema pedagógico, que el ser humano es un sujeto moral perfectible. La piedra bruta es la afirmación de que existe una materia prima, un yo, que puede labrarse mediante el esfuerzo voluntario y sostenido. Sin materia prima, no hay trabajo. Sin trabajo, no hay iniciación. Sin iniciación, no hay Masonería.

Los rituales del Rito Escocés Antiguo y Aceptado articulan esa perfectibilidad como trayectoria graduada. Hay grados, hay avance, hay un sujeto que en el tercer grado muere simbólicamente y resucita transformado, pero como otro de sí mismo, no como otra persona. La continuidad personal es el hilo que da sentido dramático y moral a la resurrección de Hiram Abiff. Sin ese hilo, la muerte simbólica no enseña nada.

Hay además un dato estructural que la propia tradición ha contenido siempre, el trabajo iniciático nunca es solitario. Se hace en Logia, ante testigos, en un espacio común de significado y responsabilidad mutua. Como documentó Stevenson (1988) para las logias escocesas del siglo XVII, la dimensión colectiva del trabajo simbólico no es un accidente histórico. Es constitutiva del método. El sujeto que la iniciación produce no es el individuo autosuficiente de la Ilustración. Es alguien que se construye en la relación con sus Hermanos y Hermanas, bajo el peso del símbolo compartido.

Tres presupuestos filosóficos sostienen esta arquitectura: la continuidad del yo a través del proceso, la voluntad de un agente que decide trabajar sobre sí mismo, y una esencia transformable, algo que puede mejorarse sin desaparecer. Son exactamente los tres presupuestos que el posthumanismo ha sometido a crítica.



III. Lo que el posthumanismo desmonta

En 1966, Foucault clausuró *Las palabras y las cosas* con una imagen que todavía incomoda; el Hombre, tal como lo concibe la modernidad, se borraría como un rostro de arena a la orilla del mar (Foucault, 1968). No anunciaba el fin de los seres humanos biológicos. Anunciaba el fin de una figura discursiva, del Hombre como principio organizador del conocimiento, sujeto autónomo y autotransparente. Ese sujeto no es una verdad antropológica eterna. Es un efecto de dispositivos históricos de poder y saber, fechado y por tanto, prescindible.

Donna Haraway radicalizó esa crítica desde un ángulo que la literatura masónica rara vez menciona. En su *Manifiesto para cyborgs* (1991), Haraway disolvió las fronteras entre organismo y máquina, entre naturaleza y cultura, entre yo y entorno tecnológico. Pero su agenda va más allá de la ontología, constituyendo una crítica política a las instituciones, entre ellas las iniciáticas, que reproducen jerarquías de género y raza bajo el manto de una humanidad abstracta y supuestamente neutral. Eso, interpela directamente a una institución cuya noción de “hermandad universal” estuvo históricamente restringida.

Rosi Braidotti llevó esta tradición a su formulación contemporánea más sistemática. En *The Posthuman* (2013), propone una subjetividad nómada, múltiple y no unitaria, atravesada por diferencias de género, especie, tecnología y ecología. El sujeto no es el punto de partida del pensamiento, sino su resultado provisional. Katherine Hayles, desde la teoría de sistemas, mostró cómo el paradigma informacional reemplazó la pregunta “¿quién soy?” por “¿qué patrones de información me constituyen?” (Hayles, 1999). El yo es un proceso sin sustrato fijo.

Para estas tradiciones, los tres presupuestos que sostienen la iniciación masónica son exactamente las ficciones que el pensamiento crítico tiene la obligación de desmontar. Y no lo dicen como abstracción académica. Lo dicen también como denuncia de las formas concretas en que esas ficciones han operado.

IV. Dos respuestas insuficientes

La respuesta masónica más frecuente ante este desafío es invocar la permanencia de la tradición; dos siglos y medio de práctica iniciática prueban que algo funciona, independientemente de lo que digan los filósofos. Esa respuesta es comprensible, pero no es un argumento.

Pero la respuesta posthumanista más radical tampoco cierra el problema.

Afirmar que la iniciación reproduce una ficción burguesa del sujeto autónomo y descartarla en consecuencia equivale a explicar un fenómeno suprimiéndolo. El rito produce algo en quien lo atraviesa. Eso requiere explicación, no solo denuncia.

El problema de fondo es que ambas tradiciones hablan de transformación desde modelos incompatibles de qué se transforma. La Masonería habla de un yo que mejora. El posthumanismo habla de configuraciones que se reordenan. Son dos ontologías distintas y la tensión entre ellas no se resuelve con facilidad. Conviene mantenerla abierta antes de buscar una salida, porque las salidas apresuradas suelen ser más cómodas que verdaderas.

V. Ricoeur en el umbral: narración en lugar de esencia

Paul Ricoeur ofrece el recurso conceptual más útil, aunque no sin límites. En *Sí mismo como otro* (1996), distingue dos formas de identidad personal que el español funde en una sola palabra. La identidad como *idem*, mismidad, permanencia de la sustancia a través del tiempo, es la que el posthumanismo destruye con razón; no hay una esencia inmutable que atravesase incólume la historia de un sujeto. Pero la identidad como *ipse*, ipseidad, identidad como fidelidad a una promesa y responsabilidad ante una historia que uno ha hecho propia, sobrevive a esa crítica.

El sujeto del *ipse* no necesita una sustancia. Necesita una narración.

Releída desde Ricoeur, la iniciación no transforma una sustancia, sino que construye una narración. El profano no descubre lo que ya era en secreto. Aprende a narrarse de otra manera, a habitar una historia diferente de sí mismo. El trabajo sobre la piedra bruta no extrae una forma oculta. Produce una identidad narrativa que el iniciado asume como compromiso.

Debemos reconocer, sin embargo, que el recurso a Ricoeur no resuelve todo. La identidad narrativa sigue siendo una forma de continuidad del sujeto, y Braidotti podría responder que incluso esa continuidad es una construcción cultural sospechosa. El puente ricoeuriano funciona mejor como reformulación del problema que como solución definitiva. La Masonería puede operar sobre narraciones y vínculos en lugar de sobre esencias, pero tendrá que preguntarse, más honestamente que hasta ahora, quiénes han tenido acceso histórico a esa narración y en qué condiciones.

Aquí, de una forma que no suele reconocerse, la tradición masónica y la crítica posthumanista al sujeto autofundante convergen parcialmente. La Masonería nunca creyó en el individuo aislado, ella sabe que el ser humano se construye en comunidad, en el intercambio ritual, en el vínculo fraternal. MacIntyre (2001) identificó algo semejante, desde una tradición muy distinta, al señalar el carácter social irreductible de la virtud.

IV. Lo que el templo puede prometer

La pregunta “¿quién entra al templo?” no admite respuesta simple. Entra alguien que no sabe con certeza quién es, y el vendaje no es solo simbólico, es epistemológicamente honesto. La iniciación no le revela una esencia oculta. Le ofrece una narración nueva, una comunidad de sentido, un conjunto de compromisos que irán constituyendo, con el tiempo y el trabajo, lo que ese alguien llamará su yo.

Eso es más frágil que la promesa de transformar una sustancia inmortal. Quizás, por esa misma razón, es más honesto.

El posthumanismo no destruye la Masonería. La obliga a ser más precisa sobre qué promete y a quién. Si la iniciación no transforma una esencia, sino que construye una narración y un vínculo, su valor se desplaza sin disminuirse. Y si esa narración ha estado históricamente restringida, como Haraway y Braidotti no dejarían de recordarnos, entonces hay una tarea pendiente que el trabajo masónico no puede seguir aplazando, la de examinar quiénes han quedado fuera del templo y por qué.

El templo no es el lugar donde el yo descubre su verdad eterna. Es el lugar donde el yo aprende a ser responsable de la historia que está construyendo. En la tradición iniciática, la incomodidad intelectual tiene un nombre: Trabajo. Y el trabajo nunca termina.

Referencias y bibliografía consultada

- Braidotti, R. (2013). *The posthuman*. Polity Press. Correcta. Cambridge, Polity Press, 2013.
- Braidotti, R. (2015). *Lo posthumano* (J. C. Gentile Vitale, Trad.). Gedisa.
- Dachez, R. (2003). *Histoire de la franc-maçonnerie française*. Presses Universitaires de France.
- Ferrando, F. (2019). *Philosophical posthumanism*. Bloomsbury Academic.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas* (E. C. Frost, Trad.). Siglo XXI.
- Haraway, D. (1991). A cyborg manifesto... Páginas 149-181 en *Simians, Cyborgs, and Women*.
- Hayles, N. K. (1999). *How we became posthuman...* University of Chicago Press.
- MacIntyre, A. (2001). *Tras la virtud* (A. Valcárcel, Trad.).
- Parfit, D. (1984). *Reasons and persons*. Oxford University Press.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro* (A. Neira Calvo, Trad.). Siglo XXI.
- Stevenson, D. (1988). *The origins of Freemasonry: Scotland's century, 1590-1710*. Cambridge University Press.
- Wolfe, C. (2010). *What is posthumanism?* University of Minnesota Press.

Adoniram

5º concurso de cuento masónico



**~ ABIERTO A TODOS LOS
HH.: DEL MUNDO.**

**~ EXTENSIÓN
MÁXIMA 1.000
PALABRAS EN
FORMATO
WORD**

Adoniram.digital@gmail.com

**Fecha final de entrega de trabajos
30 de Septiembre de 2026**

Reglamento

- 1) Concursode cuento corto sobre un tema masónico**
- 2) Extensiónmáxima de 1.000 palabrasen formato Word (equivalentea dos hojas de formato A4), debe ser escrito en español y debe ser inédito**
- 3) Abiertoa todos los HH.: del munda**
- 4) Fecha de entrega del cuento 30 de Septiembre de 2026.**
- 5) El cuento debe ser enviadoa:
adoniramdigital@gmailcom**
- 6) Se premiaránlos tres mejorescuentos**
- 7) Se publicaránlos 6 mejorescuentos**

El símbolo y el algoritmo: la libertad humana en la era poshumanista

Jorge Ernesto Riveros Santos, 33°

Vivimos rodeados de algoritmos. A veces lo sabemos, otras veces lo ignoramos. Están cuando buscamos una dirección, cuando una plataforma nos recomienda una película, cuando una red social decide qué publicación veremos primero o cuando un sistema automatizado ayuda a tomar decisiones médicas, laborales, comerciales o políticas. El algoritmo se ha vuelto un compañero silencioso de la vida cotidiana.

Los algoritmos son herramientas extraordinarias. Nos ayudan a ordenar enormes cantidades de información, detectar patrones y resolver problemas complejos. En investigación procesan datos imposibles para una sola mente humana; en la vida diaria nos ahorran esfuerzo y nos dan acceso rápido a información útil. En medicina, por ejemplo, pueden apoyar diagnósticos; en mi caso particular, me han ayudado a encontrar en mis pacientes una proteína que no era visible al ojo humano en la tomografía cerebral, permitiendo orientar el diagnóstico de enfermedad de Alzheimer años antes que aparezcan los primeros síntomas.

El problema, por tanto, no es que existan los algoritmos. El problema empieza cuando dejamos que el algoritmo piense por nosotros; cuando permitimos que una herramienta de cálculo ocupe el lugar de la inteligencia humana, de la voluntad y del juicio moral. Una cosa es usar una herramienta; otra muy distinta es obedecerla como si fuera nuestro destino.

Aquí aparece la importancia del símbolo. Antes de vivir entre datos, códigos y sistemas automáticos, el ser humano vivía entre símbolos. Los pueblos, las religiones, las escuelas filosóficas, las tradiciones iniciáticas y las culturas antiguas comprendieron que el ser humano no solo necesita información: necesita sentido. Una piedra, una luz, una llave, una escuadra, un compás, un templo o un camino no son simples adornos. Son formas de pensamiento. Son invitaciones a mirar más profundamente.

El símbolo no funciona como el algoritmo. El algoritmo calcula, ordena y entrega una respuesta. El símbolo, en cambio, pregunta. No nos ahorra el trabajo de pensar; nos obliga a hacerlo. No decide por nosotros; nos convoca a interpretar. Frente a él, uno debe detenerse, recordar, comparar, meditar y preguntarse qué significado tiene para su vida.

El símbolo es una escuela de libertad porque no entrega respuestas fáciles. Nos recuerda que comprender no es repetir una fórmula, sino asumir una responsabilidad. El Símbolo trabaja sobre la materia interior del ser humano: la voluntad, el deseo, el miedo, la esperanza, la virtud y la conciencia.

El algoritmo trabaja de otra manera. Su fuerza está en la eficacia. Procesa datos, establece correlaciones, predice conductas, clasifica perfiles y sugiere opciones. Cuando se mantiene como herramienta, amplía nuestras capacidades. Pero cuando se convierte en el último criterio de decisión, puede reducir la experiencia humana a lo medible, lo previsible y lo administrable.

Uno de los mayores peligros de nuestra época es confundir cálculo con sabiduría, creer que las predicciones son la verdad y la comodidad es libertad.

La libertad humana rara vez desaparece de golpe. A veces se debilita de manera discreta. Cada vez que una plataforma decide qué noticia veremos primero, qué video continuará automáticamente o qué opinión nos parecerá más familiar, algo de nuestra libertad la entregamos a un sistema que no comprendemos del todo.



Creemos elegir, pero muchas veces elegimos dentro de un menú preparado previamente. El algoritmo no necesita encadenarnos para influir en nosotros. Le basta con conocernos, anticiparnos y ofrecernos aquello que probablemente vamos a aceptar. Su poder no siempre está en la fuerza, sino en la seducción. No nos dice “obedece”; nos dice: “esto te va a gustar”.

Laura G. de Rivera, periodista científica que ha escrito sobre libertad y derechos civiles en la sociedad digital, sostiene que en la actual era algorítmica estamos perdiendo espacios de pensamiento propio por una combinación de pereza intelectual y diseño opaco de las plataformas digitales. La inteligencia artificial no es peligrosa por sí misma, sino cuando se une a la renuncia humana al esfuerzo de pensar.

No podemos negar que hemos ido perdiendo espacios de pensamiento propio. La soledad, la meditación el silencio, el aburrimiento, el paseo sin estímulos y la conversación lenta han sido ocupados por las pantallas del celular o del computador. Cuando desaparecen esos espacios, también se debilita el pensamiento crítico.

Aquí entramos en el terreno del posthumanismo. Tenemos que pensar: ¿qué ocurre con el ser humano cuando sus límites se mezclan cada vez más con la máquina, el dato, la inteligencia artificial, la biotecnología y los sistemas digitales? ¿Seguimos siendo sujetos libres o empezamos a convertirnos en perfiles administrados por redes de información?

No todo posthumanismo debe entenderse de manera negativa. En el siglo pasado, el filósofo Pierre Teilhard de Chardin, imaginó la evolución humana como un proceso orientado hacia una mayor conciencia colectiva. Su idea de la noosfera puede leerse

hoy como una intuición temprana de una humanidad cada vez más conectada. Es una lectura optimista, en la que, la tecnología podría servir para ampliar la conciencia, la cooperación y la responsabilidad común. Nancy Katherine Hayles, quien estudia las interconexiones "entre ciencia, literatura y tecnología" advierte en su libro: "*How We Became Posthuman*", contra la tentación de imaginar la información separada del cuerpo. Para ella, el ser humano no puede reducirse a datos ni a pura mente digital. Su aporte permite pensar un posthumanismo crítico que reconozca nuestra conexión inseparable con la tecnología sin despreciar la materialidad de la vida biológica.

La filósofa, Rosi Braidotti también propone una lectura afirmativa del posthumanismo. Se pregunta si la condición poshumana puede abrir nuevas formas de ética, comunidad y responsabilidad, para mantener al ser humano dentro de una red más amplia de vida, naturaleza y cultura.

Estas miradas optimistas son importantes porque evitan caer en un miedo simplista. La tecnología no es necesariamente enemiga del ser humano. Puede ayudarnos a vivir mejor, conocer más y ampliar nuestra inteligencia colectiva. Pero esa posibilidad depende de una condición fundamental: que la técnica permanezca al servicio de la conciencia humana, y no la conciencia humana al servicio de la técnica.

El poshumanismo se vuelve peligroso cuando deja de ampliar lo humano y empieza a sustituirlo por una versión empobrecida del sujeto. Ya no es una persona con contradicciones, memoria y libertad, sino que el sujeto se convierte en un conjunto de patrones: consumo, rendimiento, preferencias, emociones medibles, historial de búsqueda, ubicación y productividad. En esa visión, el ser humano deja de ser el misterio que somos, para convertirnos en un perfil.

Pero una vida humana no se reduce a sus datos. La persona no es solamente la suma de sus hábitos anteriores. También es: equivocación, transformación, arrepentimiento, imaginación, promesa y posibilidad. Somos lo que hemos hecho de nosotros mismos, pero también seremos aquello que todavía podemos llegar a ser. Esa apertura es precisamente lo que ningún algoritmo puede capturar del todo.

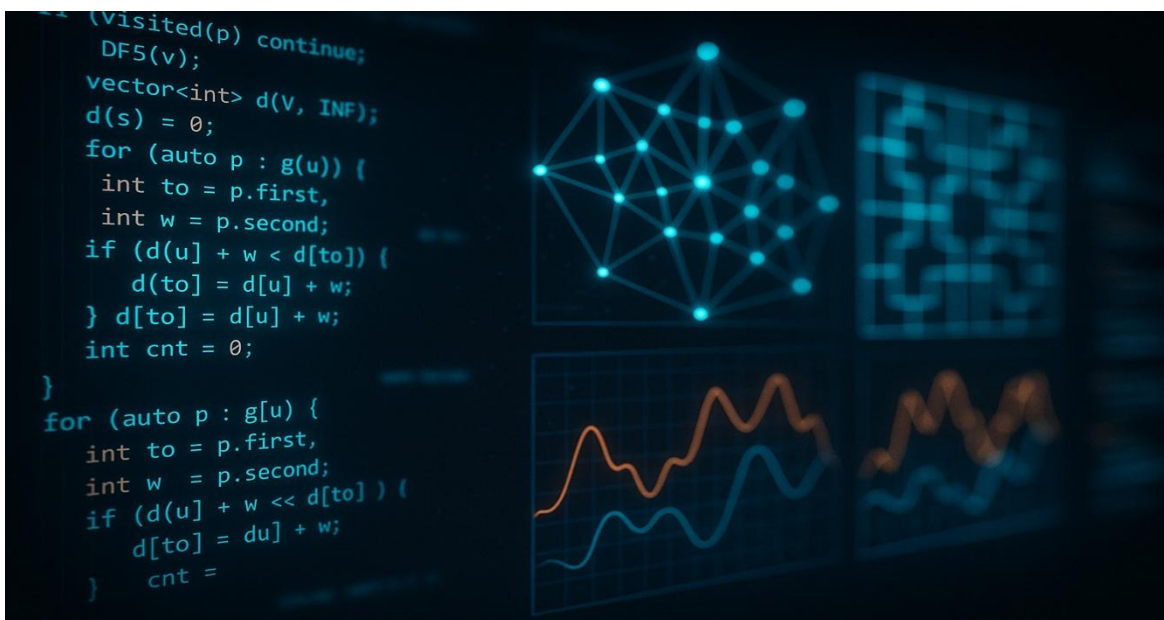
También debemos abandonar la ingenuidad de pensar que el algoritmo es neutral. Aunque use lenguaje matemático, no nace en un vacío moral. Es diseñado por personas, entrenado con datos humanos y aplicado dentro de estructuras económicas, políticas y culturales concretas. Por eso puede reproducir sesgos, amplificar prejuicios y consolidar injusticias. Como advierte Janneke Gerards, los algoritmos presentan desafíos importantes para los derechos fundamentales porque son construcciones humanas, no neutrales y muchas veces no transparentes.

Cuando una persona toma una decisión injusta, podemos interrogarla y pedir razones. Pero cuando una decisión surge de un sistema complejo, protegido por intereses comerciales o incomprensible incluso para muchos de sus operadores, la responsabilidad se dispersa. La caja negra de la tecnología puede convertirse también en una caja negra moral.

El problema más profundo quizá sea humanístico. No se trata solo de defender nuestros derechos frente a las máquinas, sino de preguntarnos qué tipo de ser humano estamos formando. Una cultura dominada por algoritmos puede producir individuos muy informados, hiperconectados y al mismo tiempo interiormente aislados; llenos de opciones, pero incapaces de elegir con verdadera libertad.

El símbolo aparece entonces como una forma de resistencia. No una resistencia nostálgica contra la técnica, sino una resistencia interior contra la reducción del ser humano a dato. El símbolo exige pausa en una época de velocidad, contemplación en una época de respuestas automáticas y responsabilidad en una época que tiende a delegar decisiones.

Mientras el algoritmo nos dice “esto es lo que probablemente desees”, el símbolo nos pregunta “quién eres realmente”. Mientras el algoritmo organiza el camino más eficiente, el símbolo pregunta hacia dónde vale la pena dirigirse. Mientras el algoritmo optimiza la conducta, el símbolo examina la intención. No toda conducta eficiente es correcta, y no toda decisión rápida es una decisión libre.



Desde una mirada masónica, este problema resulta especialmente relevante. La masonería ha trabajado siempre con símbolos, herramientas y grados de conciencia. Su lenguaje no busca reemplazar el pensamiento del iniciado, sino despertarlo. La

escuadra no piensa por nosotros; nos recuerda la rectitud. El compás no decide por nosotros; nos invita a reconocer el límite. La piedra bruta no se pule sola; exige trabajo, paciencia y voluntad.

Frente al dominio algorítmico, la masonería puede ofrecer una pedagogía de la libertad interior. Una logia, cuando es fiel a su espíritu, crea un espacio raro en el mundo contemporáneo: un lugar donde se apaga el ruido exterior, se escucha la palabra, se respeta el silencio y se piensa antes de responder. Esa práctica ya es una forma de combate contra la lógica algorítmica.

¿Cómo combatir, entonces, desde la masonería, la posibilidad del dominio del algoritmo?

Primero, educando en pensamiento simbólico. Un hermano acostumbrado a interpretar símbolos difícilmente aceptará sin crítica una realidad reducida a datos.

Segundo, cultivando el pensamiento crítico mediante espacios de estudio sobre inteligencia artificial, vigilancia digital, ética tecnológica, privacidad y sesgos algorítmicos. No para rechazar la tecnología, sino para comprenderla y ponerla al servicio de fines humanos.

Tercero, defendiendo la libertad de conciencia. Un algoritmo puede sugerir, pero no debe decidir por nosotros en cuestiones que comprometen la dignidad humana. La decisión ética exige conciencia, y la conciencia no puede delegarse sin empobrecerse.

Cuarto, practicando una austeridad digital razonable. No se trata de abandonar el mundo moderno, sino de no vivir arrodillados ante la pantalla. Recuperar momentos sin teléfono, leer con profundidad, conversar cara a cara, escribir, meditar, caminar y sostener el silencio parecen cosas pequeñas, pero forman carácter. Y el carácter es una de las defensas más fuertes contra la manipulación.

Quinto, promoviendo fraternidad real frente a conexión artificial. Las redes conectan, pero no siempre vinculan. La fraternidad masónica, cuando es auténtica, recuerda que el otro no es un perfil, un dato ni una preferencia ideológica, sino un ser humano concreto, con historia, dignidad y misterio.

Sexto, trabajando por una ética pública de la tecnología. La masonería, como tradición comprometida con la libertad, la igualdad y la fraternidad, puede promover debates ciudadanos sobre regulación, transparencia, derechos digitales y responsabilidad de las empresas tecnológicas. La defensa de la libertad hoy no pasa solo por proteger la palabra frente al censor, sino también por proteger la conciencia frente al manipulador invisible.

Recuperar la libertad en la era algorítmica no significa rechazar la tecnología. Significa devolverla a su lugar. El algoritmo debe permanecer como instrumento, no como destino. Debe estar al servicio de la inteligencia humana, no ocuparla. Debe ampliar nuestras posibilidades, pero no encerrarnos en la repetición estadística de lo que ya hemos sido.

En la era posthumanista, el símbolo no desaparece: se vuelve más necesario. Allí donde el algoritmo predice lo que fuimos, el símbolo abre la posibilidad de lo que todavía podemos llegar a ser. Cuando el algoritmo administra preferencias, el símbolo despierta conciencia. Si el algoritmo ofrece comodidad, el símbolo exige libertad.

El verdadero problema no es que las máquinas aprendan a pensar mejor, sino que los seres humanos renunciemos a pensar. No es que el algoritmo sea poderoso, sino que nuestra voluntad se vuelva débil. No es que la técnica avance, sino que el sentido retroceda. Por eso, frente a la fascinación de la inteligencia artificial, debemos recordar una verdad sencilla y exigente: ninguna herramienta exterior puede sustituir la transformación interior del ser humano.

Mientras el algoritmo calcula, el símbolo nos despierta. El algoritmo puede servirnos para navegar la complejidad del mundo, pero solo el ejercicio consciente de la libertad de conciencia y del pensamiento crítico puede impedir que terminemos navegando sin rumbo.

La tarea de nuestro tiempo es clara: no destruir el algoritmo, sino impedir que reemplace al alma humana.

Referencias

Braidotti, R. (2013). *The Posthuman*. Cambridge: Polity Press.

De Rivera, Laura. G. (2025). *Esclavos del algoritmo: Manual de resistencia en la era de la inteligencia artificial*. Referenciado en entrevista de BBC Mundo, reproducida por *El Nacional*, “¿Estamos perdiendo nuestra libertad ante los algoritmos?”.

Gerards, Janeke. (2019). The fundamental rights challenges of algorithms. *Netherlands Quarterly of Human Rights*, 37(3), 205–209. <https://doi.org/10.1177/0924051919861773>

Hayles, N. K. (1999). *How We Became Posthuman: Virtual Bodies in Cybernetics, Literature, and Informatics*. Chicago: University of Chicago Press.

Teilhard de Chardin, P. (1959). *The Phenomenon of Man*. New York: Harper & Row

El Verbo Masónico

Jorge Norberto Cornejo, 33°

Introducción

El concepto, la noción, la idea del *Verbo* es fundamental en toda filosofía iniciática en general y en la filosofía masónica en particular. De una u otra forma, el Verbo, la Palabra, se manifiesta en toda aspiración o búsqueda iniciática, al tiempo que su significado parece dispersarse o dividirse en multitud de simbolismos, ideas y conceptos. Hablamos del Verbo, de la Palabra que fue pronunciada en el instante de la emanación del Universo (si es que “instante” es un término adecuado para referir al momento, probablemente intemporal, de la emanación); hablamos de la virtud creadora de la palabra, expresión del pensamiento; hablamos de la Palabra Perdida, del Verbo que antes pronunciaban los Maestros y que ahora se ha olvidado, etc. Ahora bien, posiblemente muchas veces nos hemos preguntado: “¿A qué llamamos el *Verbo*”? El cristianismo iguala el Verbo con la Tercera Persona de la Trinidad, y lo asimila a Jesús, otorgándole así un componente antropomórfico. Desde el punto de vista de todas las confesiones cristianas occidentales, términos tales como Verbo, Cristo o Jesús prácticamente son sinónimos. Ello, por supuesto, es muy poco satisfactorio desde el punto de vista iniciático: que el Verbo se haga carne no implica, esotéricamente, que se “encarne” en un individuo, sino que se manifieste en la materia.

En este trabajo no intentaremos profundizar en el concepto místico o iniciático del Cristo, sino en el del *Verbo*. ¿*Qué es el Verbo?*

Verbo, Logos, Logia

En Egipto, según la teología menfita, Ptah, el patrono de los artesanos, era el Dios supremo, y recibía el nombre de Ta-tenen, Señor de la Eternidad. Él fue quien creó, por medio de la sabiduría y de la palabra, a todos los demás dioses, enviando a cada uno a una ciudad para protegerla y recibir culto. Como Ptah creó el mundo recurriendo a la inteligencia y la palabra, estas dos facultades se personificaron en sendos genios o fuerzas: Sia (la inteligencia del pensamiento, la intelectualidad que reside en el corazón, sede del pensamiento para los egipcios) y Hu (el poder de la palabra, que encarnaba la lengua de Ptah).

Al principio era el infinito mar de las aguas inertes del caos donde no existía ni la oscuridad ni la luz. Podemos llamarlo la “nada”, pero este nombre es muy poco apropiado. Ptah, en su condición de dios supremo y creador, mediante una idea de su pensamiento, generada en su corazón, y mediante su palabra, empleada para describir su deseo y expresada a través de su lengua, la transforma en una realidad. Y así, en el corazón de Ptah se concibió la imagen del dios Atum, mediante su lengua pronunció el nombre del dios por crear y Atum se hizo realidad. Y Ptah creó las primeras aguas Nun y Nunet, de donde surgirá la vida, y a todos los dioses o principios arquetípicos.

La antigua mitología egipcia, por lo tanto, nos habla del poder creador de la Palabra, del Verbo, y es precisamente Ptah, el patrono de los artesanos, de los constructores, de los masones, quien experimenta el Deseo en su corazón, pronuncia la Palabra y manifiesta la emanación.

En un simbolismo muy significativo para la Logia de Perfección, los egipcios hacían referencia a la “*palabra justa*”, a veces interpretada como una fuerza que manifiesta la realidad y otras como la realidad misma. Algunos estudiosos afirman que los dioses egipcios resultan de síntesis perfectas entre las diversas *palabras justas*. El faraón Sesostris fue llamado “*el de Verbo justo*”. Cada adorador de los dioses egipcios Hu y Sia aspiraba a “*convertirse en justo de voz*”.

Dentro de la tradición hebrea, que tomó muchas ideas de la egipcia, el Sancta Sanctorum del Templo de Salomón era denominado el “Debir”. Esto significa tanto “lo que está detrás” como “oratorio” u “oráculo”, pero también, y fundamentalmente, significa “hablar”. El Debir es donde se manifiesta el Verbo, la Palabra, por ello es el lugar más sagrado del Templo. Sobre el Propiciatorio del Arca de la Alianza se manifestaba la Shekinah, la Presencia, y a través de ella, el Verbo. En el Rito Escocés Antiguo y Aceptado se dice que el Maestro Secreto posee la llave del

Debir, y mediante ella puede atisbar lo que se encuentra en su interior, puede tener una vislumbre del Verbo. La Palabra es, entonces, una clave, una llave, que nos introduce al Logos oculto, a la razón secreta de las cosas, al significado que está detrás de la apariencia.

Una creencia similar, en algún aspecto, a la idea masónica de que el mundo habría nacido a partir de una **sonoridad originaria**, se puede rastrear en muchas civilizaciones antiguas: los egipcios, que ya mencionamos, pensaban en una «carcajada cósmica», otras poblaciones hablan de una «sílabas que resuenan», un «grito de Dios», etc. En el mundo oriental existe toda una teología de la sílaba originaria (AUM), a partir de la cual, mediante un proceso de materialización progresiva, nacerían las divinidades, la Tierra y, con ella, todos los seres que moran en ella.

Ahora bien, más allá de estos significados mitológicos, encontraremos una aplicación más cercana a la Masonería asociando la idea del Verbo, término latino, al concepto griego del *Logos*.

λόγος

Logos (en griego λόγος -lôgos-) significa, en principio, “Palabra”. Pero no una palabra pronunciada al pasar en el habla cotidiana, sino la palabra meditada, reflexionada o razonada; por lo tanto, *Logos* conlleva los significados de “razonamiento”, “argumentación”, “habla” o “discurso”; es, entonces, un discurso que satisface a un ordenamiento lógico, racional. También puede ser entendido como “inteligencia”, “pensamiento”, “sentido” o “estudio”. En general, se considera que desde un punto de vista etimológico esta palabra presenta alrededor de treinta acepciones distintas, si bien relacionadas entre sí, girando en torno al concepto de un principio racional, en el sentido de otorgar significado, implícito en la naturaleza.

Uno de los primeros empleos metafísicos del Logos fue efectuado por el filósofo presocrático Heráclito en su teoría del ser, en la que considera al Logos como la Unidad, lo Real, el Principio, el fundamento de la existencia. Esta Unidad, en cierto sentido, posee según Heráclito la capacidad de “hablar”, generando en los seres humanos la forma más profunda de sabiduría.

El Logos de Heráclito es la Inteligencia que dirige, ordena y da armonía al devenir de los cambios que se producen en la existencia. Se trata de una inteligencia sustancial,

presente en todas las cosas. El filósofo dice que cuando un ente pierde el sentido de su existencia se aparta del Logos y aquí, aunque parezca sorprendente, encontramos, como masones, un lejano antecedente de la idea de la “Palabra Perdida”. Cuando un ser (ya sea un ser vivo individual, una institución, un colectivo de personas o una ideología) ha perdido u olvidado su significado, la razón de su ser, se ha apartado del Logos, es decir, ha perdido la Palabra que le otorgaba sentido a su vida y a su actividad.

“Logos” nos conduce naturalmente a “Logia”. Ha habido innumerables intentos de explicación acerca de la etimología de la palabra “Logia”, pero aquí nos interesa exclusivamente su relación con el Verbo, con la Palabra, con el Logos. La Logia es un lugar donde se busca el Logos, la Palabra Perdida, donde se busca el Misterio del Verbo, y por ello la Logia es un lugar donde se *habla*. El “Maestro de Logia” debería ser un Maestro de la Palabra, un Maestro del Verbo.

Esto también tiene su correspondencia en la tradición judía, dado que la raíz de la palabra hablar en hebreo es *davar*, que al mismo tiempo significa “liderazgo”. El concepto es que el Rey, y del mismo modo todo líder, incluyendo un Maestro de Logia, rige a través de su poder de hablar, como está dicho: “Con la palabra del Rey está Su soberanía”. Por “Rey” entendemos el Rey simbólico de la cábala y de la alquimia, representado por el Rey Salomón y este último, a su vez, por cada Maestro de Logia, y así encontramos que todo está relacionado.

En la Logia se pronuncian palabras de distinta forma. Están las Palabras de Pase y las Palabras Sagradas, empleadas como medios de reconocimiento y como vías simbólicas en cada grado. Están las palabras que se pronuncian como parte de los Rituales. Y están las palabras emitidas por cada miembro durante los debates y la presentación de las planchas. Cada una de estas tres “especies” de palabras posee su propio significado y son una expresión específica del Verbo masónico. Por lo tanto, vamos a analizarlas separadamente.

Palabras de Pase y Palabras Sagradas

Considerar que estas Palabras son únicamente medios de reconocimiento, con el grado de arbitrariedad que esto siempre conlleva, implica en realidad disminuir su valor.

Una Palabra de Pase debería ser siempre una clave, una llave. Materialmente, la Palabra de Pase permite el ingreso a la cámara de un grado en particular; iniciáticamente da acceso al sentido profundo, al espíritu, del grado en cuestión. Sin Palabra de Pase estaríamos “perdidos”, porque el simbolismo y el contenido del grado nos serían completamente ajenos. Las Palabras de Pase, por lo tanto, abren la puerta al Verbo específico de un grado, y son una expresión sintética de dicho Verbo. Por

ejemplo, la Palabra de Pase del Compañero resume en sí misma las ideas de abundancia, de fertilidad, de fraternidad, de pan compartido. Esa Palabra es, prácticamente, una espiga de trigo verbalizada. Cuando decimos S:..., por lo tanto, decimos espiga, corriente de agua, tierra fértil: un mundo de conceptos resumido, en una Palabra.

Nos interesa la referencia previa al “mundo de conceptos”. Un mundo de conceptos es un Universo racional, un Universo ordenado por el Logos. Recordemos el prólogo del Evangelió de Juan, en el que resuena claramente el Deseo verbalizado de Ptah:

εν αρχη ην ο λογος και ο λογος ην προς τον θεον και θεος ην ο λογος

“En el principio era el Logos y el Logos era con Dios y el Logos era Dios”

Traducido al latín en la Vulgata: *In Principio erat Verbum et Verbum erat apud Deum et Deus erat Verbum.*

La pronunciación del Verbo, de la Palabra, dio origen al Universo. Cuando pronunciamos la Palabra de Pase, metafóricamente hablando, damos origen al grado correspondiente, a su Universo simbólico. Cuando digo “S:...”, estoy emanando el mundo de conceptos que conocemos como “el grado del Compañero”. Las Palabras de Pase, entonces, son en sí mismas un acto creador.

Podemos decir, en esta misma línea de pensamiento, todavía algo más. La Cábalá dice que el Universo fue emanado para que “el Rostro pueda contemplar al Rostro”, es decir, para que el Ser pudiera contemplarse a sí mismo. El Universo sería el espejo en el que el Rostro se refleja, y sin ese espejo el Rostro sería eternamente inconsciente. El Verbo, por lo tanto, sirvió para que el Ser, emanando su reflejo, conociera su propia naturaleza, decir “subsisto”, como afirmó el Dante.

Si la pronunciación de una Palabra de Pase es equivalente, microcósmicamente, a la emanación del Verbo, debería servir a un propósito similar, por supuesto que reducido a la expresión de un ser humano individual. Cuando decimos la Palabra de Pase que corresponda al grado en que se trabaje, emanamos un cuerpo de conceptos que es parte de nosotros mismos, que está en el interior de nuestro ser. *El acto creador de pronunciar las Palabras es, entonces, un acto de toma de consciencia de nuestra propia realidad.*

Esta acción creativa de las Palabras de Pase se pierde por completo cuando su pronunciación se transforma en un acto rutinario. Al igual que Ptah, primero tiene que existir el Deseo, profundamente sentido en el corazón, luego la Imagen concebida por la inteligencia, y finalmente la expresión creativa de la Palabra. Una

palabra que no está motivada por el Deseo es vacía, y una palabra que la inteligencia no comprende es efímera.

También tenemos las Palabras Sagradas. Aclaremos primero que, por definición, todo acto que se realiza en Logia es en sí mismo un acto sagrado, que se desarrolla en un espacio-tiempo sagrado. ¿Por qué, entonces, algunas Palabras son particularmente calificadas de “Sagradas”? Porque ellas expresan la comprensión que, en cada grado particular, poseemos acerca de lo “sagrado”.

Esto se relaciona con el concepto de que la expresión “Gran Arquitecto del Universo” no debería utilizarse en todos los grados, sino sólo en el Aprendiz. En Compañero se recomienda “Gran Geómetra del Universo”, por ejemplo. Ello refiere a que nuestra idea de lo Absoluto no es ni podría ser una imagen dogmática, cerrada, siempre igual a lo largo de todo nuestro camino masónico. Esa imagen debe necesariamente cambiar, y por ello la forma en que nombramos lo “Absoluto” debería modificarse progresivamente.

Algo similar ocurre con las Palabras Sagradas. A diferencia de una religión, en un sistema iniciático lo sagrado debe descubrirse paulatinamente, “capa por capa”, ir perdiendo progresivamente sus máscaras, mostrándonos imágenes fragmentarias que luego serán compuestas en una imagen total.

Las Palabras de Pase, por lo tanto, nos abren la puerta hacia un mundo simbólico, y las Palabras Sagradas nos permiten reconocer la presencia de lo que llamamos sagrado en dicho mundo.

Las palabras del Ritual

No todos los Rituales masónicos son, desde un punto de vista literario o filosófico, creaciones felices. Todos ellos deberían ser analizados y purificados profundamente. Sólo el más ignorante fanatismo podría hacernos creer que tales Rituales son piedras cúbicas, cuando en realidad muchos de ellos son apenas piedras brutas recién sacadas de la cantera.

Una parte importante de estos Rituales son las frases, obviamente compuestas por Palabras, pronunciadas por los distintos Oficiales. Estas frases aspiran también, al igual que las Palabras de Pase y las Palabras Sagradas, a transformarse en verbos creadores. Buscan crear (mejor dicho, manifestar, expresar) un grado, definido por el conjunto de símbolos que lo caracterizan, le dan vida y personalidad propias, y a la vez lo limitan. Estas Palabras son el compás que traza el círculo que contiene el esquema simbólico del grado. En particular, quisiera referirme a la que parece ser la más trivial de las frases, cuando el Maestro declara que los trabajos del grado están abiertos:

“Hermanos, los trabajos del grado de Maestro Secreto quedan formalmente abiertos” o el título del grado que corresponda, o alguna frase equivalente.

Con esa expresión, el Maestro está diciendo que “ahora vivimos dentro del espacio-tiempo del Maestro Secreto” (o del grado que sea). Ya se ha demostrado muchas veces que el propósito del Ritual es la conformación de un espacio sagrado, en el que se actualizan hechos mitológicos acaecidos hace mucho tiempo (o nunca acaecidos materialmente), en el que las Leyendas vuelvan a cobrar vida efectiva. El Ritual de Maestro, por ejemplo, supone que hemos generado un espacio-tiempo trascendental dentro del que, efectivamente, re-actualizamos el drama de la muerte de Hiram.

Por lo tanto, decir que “Los trabajos del grado están abiertos” implica generar el Logos, el Verbo específico de ese grado. La Luz se hace en la oscuridad de la Logia, e ilumina sólo aquellos símbolos correspondientes al grado en cuestión. El Verbo se hace carne, y habita *en* nosotros, si tomamos consciencia del grado en que trabajamos.

Diríamos, entonces, que la Palabra de Pase es el Verbo que inicia el proceso, la Palabra Sagrada el Verbo que lo vuelve sagrado y la declaración del Maestro el Verbo que lo ilumina. El “proceso” es, obviamente la Iniciación, tantas veces comparada con la emanación del Universo.

Las palabras de los miembros

El Aprendiz no sabe leer ni escribir, sólo sabe deletrear. El Compañero sabe leer, porque debe interpretar los planos que recibe de los Maestros. Pero, a la hora de presentar una plancha o propuesta a la Logia, tiene que hacerlo por conducto del Primer Vigilante. El Maestro sabe leer y escribir, y por eso trabaja sobre la plancha de trazar. La evolución masónica es, por lo tanto, un continuo mejoramiento de la capacidad para entender y expresar el Verbo.

Cuando un miembro toma la palabra en una tenida, ya sea para leer una plancha o para presentar tal o cual idea, está realizando un acto que dista mucho de ser trivial. Está *hablando*; está, por lo tanto, expresando el Verbo. Está cumpliendo con lo que le da la razón de ser a una Logia masónica. Sus palabras podrán ser apenas un balbuceo, podrá expresarse incorrectamente, podrá, como ser humano que es, expresar conceptos erróneos, pero todo ello es valioso, porque es la búsqueda del Verbo.

El Hermano Orador, el hermano que toma la Palabra es, en sí mismo, un símbolo del Verbo expresado en el ser humano. Por eso, cuando declara que los trabajos son “justos y perfectos” está declarando la corrección del Verbo pronunciado en esa Logia, durante esa tenida.

En el mundo hay muchísimas Logias, y en todas ellas se habla, se *verbaliza*. Toda Logia es un *parlamento*, donde se toma o se declina la palabra. Y todas ellas, con todos

sus errores, nos muestran al ser humano en su búsqueda, generalmente inconsciente, del Verbo, de esa Palabra que se nos escapa pero que daría sentido y significado al total de la vida si la comprendiésemos a cabalidad.

Me equivoco si me refiero exclusivamente a las Logias. Toda la Vida busca expresarse, toda la Vida busca el Verbo. Toda la Vida es un esfuerzo por dar a luz un Logos que siempre estuvo, pero que se sumergió en la profundidad del secreto, de lo oculto. Todos los seres son fragmentos del Verbo, y todos, lo sepan o no, consumen su vida entera en su búsqueda.

Palabras finales

Realmente, no hemos dado respuesta a la pregunta: *¿Qué es el Verbo?*

En verdad, nunca hubiéramos podido darla, porque en tal caso estaríamos en posesión de la Palabra Verdadera, y ella se encuentra muy lejos de todos nosotros.

Pero hemos visto que el Verbo, la Palabra, el Logos, es la razón de ser de la búsqueda masónica, y ello no es poco importante.

El poeta argentino Leopoldo Marechal dijo que, en la naturaleza, todo tiende al conocimiento y a la expresión. Conocer es hablarse interiormente, expresar es hablar hacia el exterior. El Verbo es un camino de doble vía, hacia el interior y hacia el exterior, pero siempre es un esfuerzo por *ser*. Ser hacia sí mismo y ser hacia los otros.

No disipemos el Verbo en discusiones inútiles, en vanidades, en luchas por el poder. El propósito de una Logia es demasiado digno para desperdiciarlo de esa forma. Busquemos el mejor Logos que podamos manifestar, y ese Logos será nuestra Obra.

Saludos desde Buenos Aires, Argentina.

Referencias

Evangelio según Juan, versión original en griego, posiblemente finales del siglo I d.C.

J. Cornejo (2024). Enciclopedia del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Tomo 2 - Logia de Perfección. Ediciones Masónicas Argentinas.

L. Marechal (publicación póstuma). Poema de la Física. Ver: poemas-del-alma.com/leopoldo-marechal.htm

La Masonería ante el porvenir de lo humano: humanismo, transhumanismo y poshumanismo

Carlos Andrés Riveros González, 14°

Introducción

La masonería moderna nace vinculada a una profunda confianza en el ser humano. Su espíritu se relaciona con el humanismo, la Ilustración, la libertad de conciencia, la razón, la tolerancia y la posibilidad de que cada persona trabaje sobre sí misma para perfeccionarse. Desde esta mirada, el ser humano no es una realidad acabada, sino una obra en construcción.

La imagen de la piedra bruta expresa con claridad esta idea. Cada persona trae consigo posibilidades, imperfecciones, luces y sombras. El trabajo iniciático consiste en pulir, educar, comprender y elevarse moralmente. No se trata de negar la fragilidad humana, sino de convertirla en punto de partida para el crecimiento interior.

Sin embargo, vivimos una época en la que la pregunta por lo humano se ha vuelto más compleja. La inteligencia artificial, la biotecnología, la ingeniería genética, la robótica y las tecnologías digitales están transformando la forma en que pensamos, trabajamos, enfermamos, sanamos y nos relacionamos. Ante este escenario surgen preguntas inevitables: ¿sigue vigente el humanismo? ¿Es el transhumanismo una continuación del ideal de perfeccionamiento humano? ¿Estamos entrando en una etapa poshumanista? ¿Puede la masonería seguir ofreciendo una luz ética en este nuevo tiempo?

Estas preguntas no son solamente académicas. Tienen una dimensión moral, espiritual y social. Si la masonería nació ligada a una visión humanista del mundo, hoy debe preguntarse cómo acompañar una época en la que la humanidad busca superarse a sí misma, pero también corre el riesgo de perder contacto con su propia dignidad.

Humanismo, transhumanismo y poshumanismo

El humanismo coloca al ser humano, su dignidad y su libertad en el centro de la reflexión. No necesariamente niega lo trascendente, pero desplaza la atención desde la obediencia ciega al dogma hacia la conciencia, la razón, la educación y la responsabilidad moral. En el Renacimiento, el humanismo recuperó la confianza en las capacidades humanas: pensar, crear, conocer y elegir el propio camino. Más tarde, durante la Ilustración, esta confianza se unió a la libertad de pensamiento, los derechos, la ciudadanía y la crítica frente al absolutismo y la intolerancia.

La masonería se reconoce ampliamente en esta tradición. Su defensa de la libertad de conciencia, la fraternidad, el perfeccionamiento moral y la búsqueda de la verdad la sitúan dentro de una sensibilidad profundamente humanista. En la logia, el ser humano no vale por su riqueza, rango social o poder externo, sino por su disposición al trabajo interior y por su capacidad de reconocerse hermano de otros.

El transhumanismo puede entenderse como una prolongación tecnológica de una antigua aspiración humana: superar límites, aliviar el sufrimiento, ampliar capacidades y vencer aquello que nos hace frágiles. Mientras el humanismo confió en la educación, la razón y la cultura como caminos de perfeccionamiento, el transhumanismo incorpora herramientas como la biotecnología, la inteligencia artificial, la nanotecnología, la medicina regenerativa, la ingeniería genética y el aumento cognitivo.

Su propuesta central sostiene que el ser humano no tiene por qué resignarse a las limitaciones biológicas heredadas. Enfermedades, deterioro físico, envejecimiento, discapacidad e incluso la muerte aparecen como realidades que podrían ser modificadas, retrasadas o superadas mediante la ciencia. En principio, esta aspiración

no es ajena al espíritu humanista. Curar enfermedades, aliviar dolores, mejorar la calidad de vida y ampliar el conocimiento son objetivos nobles.

El problema surge cuando la mejora técnica se separa de la pregunta ética. No basta con preguntar qué podemos hacer. También debemos preguntarnos para qué, con qué límites y al servicio de qué idea de humanidad. Desde una óptica masónica, la tecnología puede ser vista como una herramienta más en la construcción del templo humano. Pero ninguna herramienta reemplaza el trabajo de conciencia.



Un ser humano puede aumentar su memoria, su fuerza o su longevidad y, aun así, seguir siendo injusto, egoísta o indiferente ante el sufrimiento ajeno. La verdadera mejora no puede reducirse al rendimiento del cuerpo o de la mente. Debe incluir también la madurez moral, la fraternidad, la compasión y la responsabilidad.

El poshumanismo, por su parte, no debe entenderse simplemente como el fin del ser humano ni como una celebración de su desaparición. Más bien es una corriente de pensamiento que cuestiona la idea de que el ser humano sea el centro absoluto de todo, separado de la naturaleza, superior a los demás seres vivos y dueño indiscutible del mundo. Nos invita a comprender lo humano como parte de una red de relaciones: cuerpo, lenguaje, memoria, cultura, tecnología, afectos, ecosistemas y comunidad.

En este sentido, el poshumanismo puede verse como una corrección del humanismo clásico. El humanismo proclamó la dignidad universal, pero históricamente no siempre incluyó a todos. Muchas veces dejó fuera a mujeres, pueblos colonizados, pobres, minorías, otras culturas, otros modos de vida y también a la naturaleza.

El poshumanismo recuerda que no basta con hablar de humanidad si esa humanidad se construye excluyendo o dominando.

Para la masonería, esta reflexión puede ser fecunda. La fraternidad no tiene por qué limitarse a una idea abstracta entre individuos humanos. Puede ampliarse hacia una ética de la interdependencia. Ser fraternos hoy implica preguntarnos también por nuestra relación con el planeta, con las generaciones futuras, con los avances tecnológicos y con quienes quedan al margen del progreso.

Continuidad entre los tres conceptos

Humanismo, transhumanismo y poshumanismo no son compartimentos cerrados. Pueden entenderse como tres momentos de una misma conversación sobre el destino humano. El humanismo afirma que el ser humano posee dignidad, razón, libertad y capacidad de perfeccionamiento. El transhumanismo retoma esa idea de perfeccionamiento, pero la lleva al terreno de la intervención tecnológica sobre el cuerpo, la mente y la vida biológica. El poshumanismo nos pide revisar el lugar que ocupa el ser humano dentro del conjunto de la vida, la técnica y el planeta.

Hay continuidad y ruptura entre estos tres conceptos. El transhumanismo continúa al humanismo porque conserva la confianza en la mejora y en el progreso. Pero también lo transforma, porque ya no se limita a educar o formar al ser humano, sino que busca modificar sus condiciones biológicas. El poshumanismo continúa la preocupación por la dignidad y la emancipación, pero critica la tendencia a colocar al ser humano como medida única de todo valor.

Podríamos decir que el humanismo nos enseñó a valorar al ser humano; el transhumanismo nos pregunta hasta dónde queremos modificarlo; y el poshumanismo nos invita a reconocer que lo humano solo puede entenderse dentro de una comunidad más amplia de vida, técnica y responsabilidad.

Desde una mirada masónica, estos tres momentos dialogan con la idea de construcción del templo. Primero descubrimos que el ser humano puede y debe trabajar sobre sí mismo. Luego aparecen herramientas nuevas que amplían ese trabajo. Finalmente, comprendemos que ningún templo se levanta en soledad: toda construcción humana está ligada a la comunidad, a la naturaleza y al porvenir.

Podemos afirmar que ya vivimos una condición cercana al poshumanismo, no porque el ser humano haya desaparecido o pasado a segundo plano, sino porque la técnica ya no es algo externo a nosotros.



Nuestra memoria está parcialmente en dispositivos digitales. Nuestra comunicación pasa por redes. Nuestra salud depende cada vez más de tecnologías sofisticadas. Nuestras decisiones son influidas por algoritmos. Nuestra identidad se expresa también en datos, imágenes, perfiles y huellas digitales.

La inteligencia artificial ya escribe, traduce, diagnostica, clasifica, recomienda, vigila, predice y decide en múltiples ámbitos. Las biotecnologías intervienen en procesos antes considerados naturales e intocables.

Las prótesis, los implantes, los sistemas de asistencia y la medicina personalizada muestran que la frontera entre cuerpo y tecnología es cada vez más porosa. Las prótesis, los implantes, los sistemas de asistencia y la medicina personalizada muestran que la frontera entre cuerpo y tecnología es cada vez más porosa.

Pero decir que entramos en una condición poshumanista no significa que el humanismo haya perdido valor. Al contrario, sus principios se vuelven más necesarios. Cuanto más poderosas son las herramientas, más urgente se vuelve la pregunta ética. Cuanto más complejos son los sistemas técnicos, más necesitamos transparencia, responsabilidad y juicio humano. Cuanto más crece la capacidad de modificar la vida, más importante es recordar que la dignidad no debe depender de la eficiencia, la productividad o el acceso económico a la mejora.

Seguimos siendo humanos, con miedos, afectos, deseos, enfermedades, esperanzas y necesidad de sentido. Pero habitamos un mundo en el que lo humano ya no puede pensarse sin la técnica. Por eso, más que abandonar el humanismo, necesitamos renovarlo.

Yuval Noah Harari ha advertido que el ser humano moderno podría estar entregando parte de su autoridad a los sistemas de datos. Durante siglos, el humanismo sostuvo que la fuente de sentido estaba en la experiencia humana: en lo que sentimos, pensamos, elegimos y valoramos. Pero en una sociedad gobernada por algoritmos, esa autoridad puede desplazarse hacia sistemas que conocen nuestros hábitos y comportamientos incluso mejor que nosotros mismos.

Desde la masonería, esta preocupación toca un punto esencial: la libertad de conciencia no puede ser reemplazada por la comodidad de la predicción algorítmica.

Francis Fukuyama, crítico del transhumanismo, ha señalado el riesgo de que la modificación tecnológica o biológica del ser humano afecte la base moral de la igualdad. Si algunas personas acceden a mejoras genéticas, cognitivas o físicas y otras no, la humanidad podría dividirse en grupos profundamente desiguales. Esta preocupación resulta especialmente importante desde una sensibilidad masónica, porque la fraternidad no puede sostenerse si el progreso produce nuevas castas biológicas o sociales.

El humanismo sigue vigente, pero necesita madurar. No puede permanecer como nostalgia del pasado ni como confianza ingenua en que la razón resolverá por sí sola todos los problemas. La historia ha mostrado que la razón puede liberar, pero también servir al dominio; la ciencia puede curar, pero también excluir; la tecnología puede acercar, pero también vigilar.

Por eso necesitamos una mirada crítica, fraterna y abierta. Una mirada que defienda la dignidad humana, pero que también reconozca nuestra responsabilidad con la vida en su conjunto; que valore la razón sin dejar de lado la compasión; que promueva la libertad sin olvidar el deber hacia los demás; y que dialogue con la ciencia sin permitir que esta ocupe el lugar de la conciencia.

El poshumanismo puede representar un peligro si se interpreta como sustitución de la persona por la máquina, de la conciencia por el cálculo o de la dignidad por la productividad. Podríamos llegar a sociedades donde una persona valga solo por sus datos, su rendimiento o su capacidad de adaptación a los sistemas tecnológicos.

Sin embargo, también puede abrir una posibilidad distinta. Puede ayudarnos a salir de una visión estrecha del ser humano. Puede recordarnos que no somos dueños absolutos de la Tierra, sino parte de ella. Puede enseñarnos que la inteligencia no se reduce al cálculo, que la vida no se reduce al rendimiento y que el progreso no puede medirse únicamente por la potencia de nuestras herramientas.

La esperanza no está en rechazar la ciencia ni en idealizar el pasado. Tampoco está en aceptar cada innovación como si fuera necesariamente buena. La esperanza está en formar seres humanos capaces de orientar el poder técnico hacia fines verdaderamente humanos.

La masonería puede ofrecer una contribución importante: una ética del perfeccionamiento que no esté basada únicamente en la eficacia. Perfeccionarse no es simplemente vivir más años, procesar más información o aumentar capacidades físicas. Perfeccionarse es hacerse más justo, más libre, más consciente y fraterno.

Una sociedad poshumana necesitará más que inteligencia artificial. Necesitará sabiduría, comunidades reales, conciencia moral y sentido de responsabilidad. Necesitará espacios donde el ser humano pueda preguntarse no solo por lo que puede hacer, sino por lo que debe hacer.

En conclusión, humanismo, transhumanismo y poshumanismo son tres formas de preguntarnos por el destino de la humanidad. El humanismo nos recordó que cada persona posee dignidad y capacidad de perfeccionamiento. El transhumanismo nos desafía con la posibilidad de ampliar nuestras capacidades mediante la ciencia y la tecnología. El poshumanismo nos invita a mirar más allá de nosotros mismos y a reconocer que estamos unidos a una red más amplia de vida, cultura, técnica y planeta.

La masonería nació vinculada al espíritu humanista, pero no está obligada a quedar detenida en el pasado. Su verdadera fidelidad no consiste en repetir antiguas respuestas, sino en mantener viva la búsqueda. Si durante siglos ha enseñado que el ser humano puede trabajar sobre sí mismo, también puede ayudarnos hoy a pensar cómo debe orientarse una humanidad que dispone de herramientas cada vez más poderosas.

El desafío no es elegir entre tradición y futuro. El desafío es llevar al futuro lo mejor de nuestra tradición: la libertad de conciencia, la igualdad moral, la fraternidad, el pensamiento crítico, la tolerancia y el trabajo constante por una humanidad más justa.

Si el poshumanismo ya ha comenzado, la masonería puede seguir siendo vigente precisamente porque ofrece algo que ninguna máquina puede fabricar por sí sola: un espacio de encuentro, reflexión y búsqueda ética. En tiempos de transformación acelerada, esa luz no es un resto del pasado. Puede ser una de las guías más necesarias para atravesar el porvenir.

Referencias

- Fukuyama, F. (2004). Transhumanism. *Foreign Policy*, 144, 42-43. <https://doi.org/10.2307/4152980>
- Harari, Y. N. (2017). *Homo Deus: A brief history of tomorrow*. Harper.
- Jacob, M. C. (1991). *Living the enlightenment: Freemasonry and politics in eighteenth-century Europe*. Oxford University Press.
- More, M., & Vita-More, N. (Eds.). (2013). *The transhumanist reader: Classical and contemporary essays on the science, technology, and philosophy of the human future*. Wiley-Blackwell.
- UNESCO. (2022). *Recommendation on the ethics of artificial intelligence*. UNESCO. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000381137>

La responsabilidad moral del masón ante la sociedad contemporánea: una reflexión desde el Grado 14^o

Angélica María Barón Santiesteban, 14^o

Dentro del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, uno de los sistemas iniciáticos más elaborados que ha producido la Masonería especulativa, existe un grado que condensa esa exigencia con particular intensidad. Se trata del Grado 14.^o, conocido como el Gran Elegido, Perfecto y Sublime Masón. Es el último de los llamados grados de perfección, la culminación de una serie que el iniciado recorre como quien sube una escalera en la oscuridad: cada peldaño añade luz, pero también peso.

Este artículo no pretende describir rituales ni revelar formas. Es una reflexión sobre lo que ese grado –sus enseñanzas, su simbología y su demanda ética– tiene que decirle al masón que vive en el siglo XXI. Y, por extensión, sobre lo que la Masonería, en su conjunto, debe a la sociedad que la cobija.

Hay una imagen que la Francmasonería ha cultivado con cuidado a lo largo de tres siglos: la del hombre que desciende al interior de sí mismo para encontrar, en lo más hondo, algo que vale la pena custodiar y llevar al mundo. No es una imagen cómoda. Implica que quien la acepta no puede conformarse con la rutina moral de su época; que está obligado, de algún modo, a ser mejor de lo que el tiempo le exige.

Para entender el Grado 14.º, hay que situarlo en su momento histórico. La Francmasonería especulativa emergió en la Inglaterra de comienzos del siglo XVIII, en un contexto de efervescencia intelectual marcado por la Ilustración, las guerras de religión recientes y la búsqueda de un terreno común donde hombres de distintas confesiones pudieran reunirse alrededor de principios compartidos.

Fue el caballero Andrew Michael Ramsay quien, con su célebre discurso leído en París en 1736, trazó las coordenadas filosóficas de lo que, con el tiempo, sería el Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Ramsay propuso enriquecer la Masonería con una escala de grados que profundizaran en la búsqueda de la verdad, la libertad de conciencia y el perfeccionamiento del ser humano. Su propuesta —rechazada en Inglaterra y abrazada en Francia— definió el norte ético del sistema: el conocimiento obliga, y quien ha recibido luz tiene el deber de proyectarla.

El Rito de Perfección, precursor directo del REAA, articuló durante el siglo XVIII una escala de grados cuyo último eslabón de la serie bíblica era precisamente el 14.º. Los primeros grados de la serie dan tiempo para la meditación y el estudio; los últimos, como señala Joan Palmarola en su estudio sobre los Grados de Perfección, “abren el campo para la acción, para cumplir la misión de alto valor moral”.

La Masonería trabaja con símbolos porque entiende que hay verdades que no pueden ser transmitidas directamente, sino solo sugeridas, evocadas o intuitas. El Grado 14.º no es la excepción. En el imaginario del grado, una bóveda que guarda lo más sagrado, el fuego que no consume y una piedra que preserva un nombre no describen un rito: describen un estado interior.

Hay un objeto vinculado a este grado que merece atención particular: el anillo que recibe quien es exaltado al mismo. En su interior lleva grabada una frase latina: *Virtus junxit, mors non separavit*. La virtud une lo que la muerte no puede separar. No es una promesa de inmortalidad personal. Es la afirmación de que los vínculos fundados en la búsqueda genuina del bien trascienden al individuo. Lo que se construye con integridad dura más que quien lo construye.

Esta es la moral del Grado 14.º en su forma más desnuda: no el heroísmo de quien busca ser reconocido, sino la constancia silenciosa de quien trabaja porque entiende

que el trabajo bien hecho tiene consecuencias que lo superan. Es una ética de la responsabilidad sin espectáculo.

El Gran Elegido, Perfecto y Sublime Masón no descende a la bóveda sagrada para quedarse en ella. La custodia de la verdad no tiene sentido si no se traduce en presencia activa en el mundo. Y el mundo que encuentra el masón del siglo XXI al salir es, en muchos sentidos, un mundo que repite los patrones que los rituales masónicos llevan siglos advirtiéndolo.



La erosión de la libertad de conciencia es, quizás, el fenómeno más inquietante de nuestro tiempo. No llega siempre con la cara de la censura abierta: llega con el rostro amable del algoritmo que selecciona lo que se piensa, de la polarización que convierte la duda en traición y del fanatismo que reemplaza la búsqueda honesta de la verdad por la certeza prefabricada

La erosión de la libertad de conciencia es, quizás, el fenómeno más inquietante de nuestro tiempo. No llega siempre con la cara de la censura abierta: llega con el rostro amable del algoritmo que selecciona lo que se piensa, de la polarización que convierte la duda en traición y del fanatismo que reemplaza la búsqueda honesta de la verdad por la certeza prefabricada. La Masonería lleva tres siglos afirmando que la libertad de pensamiento es un derecho inalienable de todo ser humano. Esa afirmación no es una postura política: es el fundamento de cualquier postura política legítima.

La desigualdad creciente, que convierte la fraternidad en un ideal de gabinete mientras millones de personas son excluidas de la dignidad más básica, confronta al masón con una pregunta incómoda: ¿puede proclamarse la fraternidad universal en el interior de un templo y ser indiferente a su negación sistemática en el exterior?

La respuesta de la tradición del Grado 14.º es inequívoca: los grados de reflexión dan paso a los grados de acción. El camino interior termina donde comienza el compromiso con el mundo.

La degradación del discurso público —la mentira erigida en estrategia, el insulto convertido en argumento y la complejidad reducida a consigna— es otro frente que interpela directamente al masón. Un hombre o una mujer que ha dedicado años a

buscar la verdad con método, honestidad y humildad intelectual no puede ser indiferente a la destrucción deliberada de los mecanismos que hacen posible esa búsqueda: la educación libre, la prensa independiente y la ciencia sin tutelajes ideológicas.

El Diccionario Enciclopédico de la Masonería, compilado en el siglo XIX, describe el propósito de los trabajos del Grado 14.º con una claridad que no ha perdido un ápice de vigencia: la proclamación del derecho inalienable de la libertad absoluta de conciencia y de pensamiento que poseen todos los hombres sin excepción, y la reivindicación de ese derecho con el fin de llegar a la constitución de gobiernos libres, nacidos del acuerdo de todos los intereses generales.

Nótese la precisión del lenguaje: no la contemplación de ese ideal, sino su reivindicación activa. No el deseo de buenos gobiernos, sino la construcción de las condiciones que los hacen posibles. La Masonería, en su mejor tradición, no ha sido un club de espiritualidad privada: ha sido una escuela de ciudadanía activa, de hombres y mujeres que entendieron que el trabajo interior es inseparable del trabajo exterior.

Esta exigencia se concreta en tres ámbitos que cualquier masón que haya alcanzado el Grado 14.º debería sentir como propios. El primero es la coherencia: que la vida fuera del templo no desmienta lo que se profesa dentro de él. Nada debilita más a la institución masónica que la distancia entre el discurso y la conducta. El masón que defiende la fraternidad en tenida y reproduce la exclusión en su vida profesional; que invoca la libertad de conciencia en el templo y claudica ante el pensamiento único en el espacio público, ha vaciado de contenido los símbolos que porta.

El segundo ámbito es el compromiso institucional: el sostenimiento activo de las estructuras que hacen posible la vida libre. La independencia judicial, la educación pública y laica, la libertad de prensa y los mecanismos de rendición de cuentas del poder no son conquistas permanentes: son equilibrios que requieren vigilancia constante. El masón que se encoge de hombros ante su erosión ha abandonado, de hecho, la custodia a la que se comprometió.

El tercero es la fraternidad práctica: no la que se proclama en abstracto, sino la que se ejerce en lo concreto, con el ser humano que sufre al lado. La que no pregunta si el otro merece ser ayudado antes de tender la mano. La que reconoce en el extranjero, en el distinto e incluso en el adversario a alguien en construcción, como uno mismo.

Existe una tensión constitutiva en el corazón de la experiencia masónica que el Grado 14.º lleva al límite: la tensión entre el secreto y la responsabilidad pública. La Masonería custodia formas, símbolos y rituales que no comparte con el profano.

Pero lo que esos símbolos significan —la libertad de conciencia, la búsqueda de la verdad, la fraternidad sin fronteras y la construcción de una sociedad más justa— no es secreto en absoluto. Es, más bien, el legado más transparente que esta institución puede ofrecer al mundo.

Lo que la bóveda sagrada guarda no es un tesoro oculto. Es un recordatorio: que hay valores que no dependen de la moda, ni de la conveniencia, ni de la correlación de fuerzas en un momento dado. Que la dignidad humana no es negociable. Que la búsqueda honesta de la verdad es un acto político, además de un acto espiritual. Que construir, en el sentido más amplio del término, es siempre mejor que destruir, aunque destruir sea más fácil y, a veces, más rentable.

La sociedad contemporánea no necesita que la Masonería le revele sus rituales. Necesita que los masones que han transitado esos rituales salgan al mundo con la convicción de quien ha comprendido algo esencial: que el trabajo sobre uno mismo no tiene otro destino legítimo que el servicio a los demás. Que la piedra trabajada en silencio, dentro del templo, está destinada a ser parte de un edificio que nos trasciende a todos.

Si el Gran Elegido, Perfecto y Sublime Masón es algo, es eso: un hombre o una mujer que ha aceptado que la perfección no es un estado, sino una dirección. Y que esa dirección apunta, siempre, hacia afuera: a mejorar nuestra sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

Frau Abrines, Lorenzo. Diccionario Enciclopédico de la Masonería. 5 tomos. México D.F.: Editorial del Valle de México, 1976.

Domènech Gómez, Josep-Lluís. Enciclopèdia del REAA. Tomo I: Grados Simbólicos. Oviedo: masonica.es, 2016. (Serie Azul.)

Pike, Albert. Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Grados cuatro a catorce (Logia de Perfección). Traducción de Alberto Ramón Moreno Moreno. 1.ª ed. Oviedo: EntreAcacias / masonica.es, 2009. ISBN: 978-84-937392-7-0. [Edición digital: 978-84-937392-6-3]. Original: Charleston (EE.UU.), 1871.

Palmarola i Nogué, Joan. Masonería de Perfección. Grados 4.º al 14.º. Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea, 2011. ISBN: 978-84-9941-346-2.

Ramsay, Andrew Michael. Discurso del Caballero Ramsay (1736). Publicado en: Chevallier, Pierre. Histoire de la Franc-Maçonnerie française, Tomo I. París: Fayard, 1974.

Del humanismo, al poshumanismo: la disolución del hombre como centro y como unidad.

Douglas Franco Gerena 14º

“Hemos perdido todas las referencias, nuestro espacio corporal se diluyó, nuestros recuerdos son vivencias construidas, manipuladas y aceptadas, olvidamos el valor de la humanidad para creer en su aparente evolución.”

“El Espacio Corporal”, 1997. El Autor.

Tras milenios de evolución biológica e intelectual en un entorno “natural”, de procesos civilizatorios basados en los ritos, los sacrificios, etc., sólo un siglo fue lo suficientemente hostil al hombre como para fragmentar estas realidades y manipular los procesos de la “humanidad” contemporánea.

El fin del Antropocentrismo, la disolución del sujeto

El *posthumanismo* es el indicio de una época que desplazó al hombre en tanto sujeto actuante, del antropocentrismo al sujeto disminuido y dependiente de la tecnología.

Aquí la pregunta, ¿Cómo pasamos del hombre integral y centro del universo, a un sujeto fragmentado, desplazado y mediado por la tecnología?

El desplazamiento del antropocentrismo inicio a finales del siglo XIX y marcó la sociedad del siglo XX y parafraseando a K. Marx, “Todo lo sólido se desvanecen al aire”¹. Esta disolución del ser humano se hizo palpable en varios espacios: la literatura, el arte, la estética, la representación, etc.; la disolución del ser amplifico la angustia humana en las posguerras, la guerra fría que evidenciaba la profunda decepción de la humanidad como protagonista de la historia del hombre.

El Humanismo: el hombre como centro y como medida.

El humanismo se fortalece en el renacimiento y su bandera fue la conquista de la dignidad humana, el hombre como centro, lugar de luz y fuente de virtudes idealizadas en cánones artísticos y patrón desde el cual se medían todas las cosas, la geometría, la escala, la proporción y la perspectiva para resaltar el cerebro humano como centro y fin último de la creación.

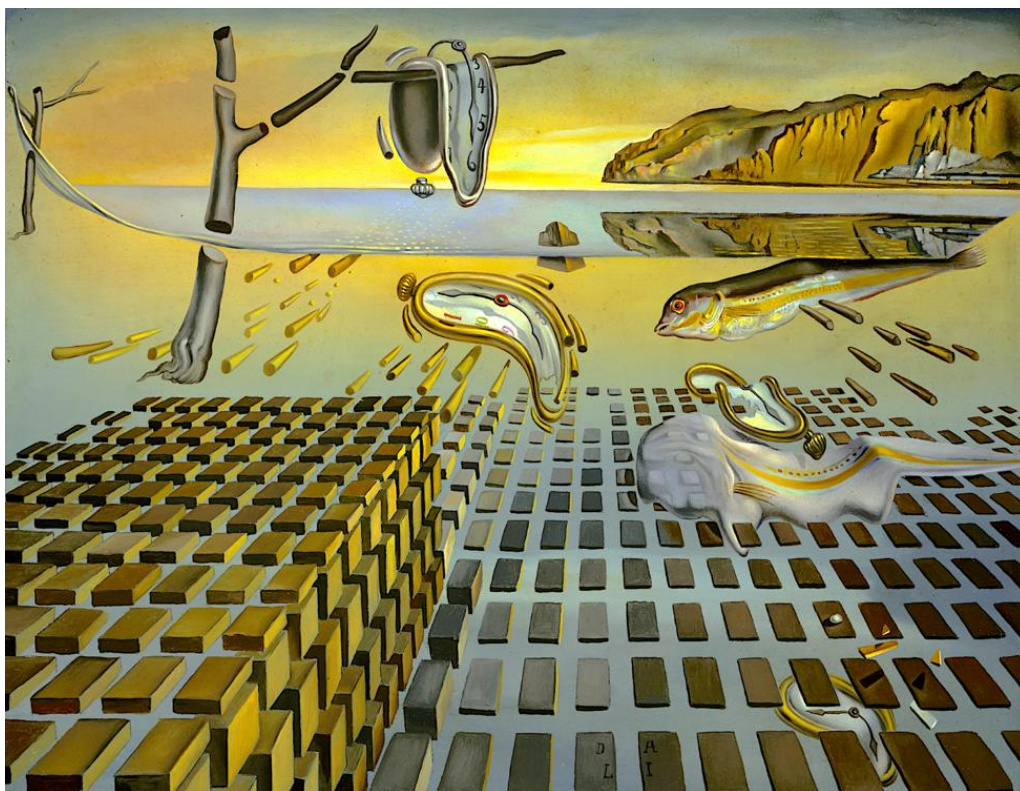
En la construcción de las catedrales la masonería centraba su acción en la construcción material y espiritual. La masonería especulativa buscó esos espacios en la construcción filosófica en torno a la integralidad del ser humano, con principios como la libertad, la igualdad, la fraternidad. El hombre es constructor de sí mismo y del mundo. Con la masonería el Humanismo se convierte en un motivo ineludible en la reconstrucción y resignificación del ser humano.

El inicio de la crisis: la muerte de los absolutos.

El desplazamiento del antropocentrismo que aceleró desde finales del siglo XIX y esta tendencia marcó la sociedad del siglo XX, el ser humano se diluyó en medio de la modernidad que es un proceso extremadamente contradictorio: promete progreso, libertad y transformación, pero al mismo tiempo genera desarraigo, inestabilidad y destrucción de las formas tradicionales de vida. El mundo moderno, las estructuras sociales, culturales y económicas se transforman constantemente, impidiendo cualquier sensación duradera de estabilidad, contrario a siglos de hegemonía religiosa, política o militar.

La frase de Marx expresa que, bajo el capitalismo, todo tiende a un cambio continuo, las estructuras sociales y culturales que parecen estables son en realidad frágiles y cambiantes, describe cómo el capitalismo transforma constantemente la sociedad, generando inestabilidad y cambios acelerados en las condiciones de vida y las relaciones humanas.

¹ Manifiesto del Partido Comunista, (1848). K. Marx, F. Engels



Salvador Dalí, 1954 - Museo Dalí, San Petersburgo, Florida (USA)

Estos cambios continuos que disuelven sus certezas paradójicamente también abren otras posibilidades de creación, identidad y libertad. La modernidad, entonces, no es solo una época, sino una condición vital: estar atrapado entre la construcción y la pérdida permanente.

Para Nietzsche: “Dios ha Muerto!”, “Dios sigue muerto!” “Y nosotros lo hemos matado!”², la modernidad, la ciencia, la razón y el progreso han reemplazado la fe como fuente de la verdad y por consiguiente como punto de partida de la identidad del ser.

Para Freud, el ser humano ya no es dueño de sí mismo, gran parte de lo que pensamos, deseamos o hacemos está gobernado por fuerza ocultas en un espacio imperceptible, el inconsciente, preconscious y el subconsciente.

Para Darwin. el ser humano no fue creado como una especie especial o parte de una divinidad, es el resultado de un proceso biológico y evolutivo.

Todos estos aportes intelectuales debilitan los grandes relatos sobre los que se construyó el orgulloso orden occidental, el hombre pierde su centro de trascendencia.

² La Gaya Ciencia, 1882. F. Nietzsche.

La disolución del sujeto: pensamiento contemporáneo

En un artículo que escribí sobre el tema, “El Espacio Corporal”³, acerca de la desintegración del cuerpo, Foucault señala que el sujeto moderno está atravesado por estructuras de poder, lenguaje y deseo, que el hombre llega a su fin, no es eterno sino una construcción histórica, es el lugar en donde actúan las relaciones de poder, los discursos, la tecnología, la política y la construcción institucional de cada uno, el hombre en tanto humanismo tiende a desaparecer “*se borraría como un rostro en la arena*”⁴.

Entre más se conoce el funcionamiento del hombre menos libre es situación corporal, se ha generado alrededor de esa realidad una “biopolítica”.

Otros pensadores poshumanistas han tomado estas ideas que cuestionan la esencia del ser humano y a la realidad de inteligencia híbrida. El paso inexorable del antropocentrismo al algoriceno. Ahí es importante la pregunta: ¿se hace necesario volver al humanismo?, al reencuentro con una verdad tangible? o si aceptamos que el artificio ya nos superó y que nuestra realidad se diluyó.

En esa realidad del “hombre” contemporáneo, ya no tiene esencia, esta Infoxicado, el “crimen ha sido perfecto”, parafraseando a Jean Baudrillard⁵, el asesinato de la realidad y del exterminio de una ilusión: la ilusión vital, la ilusión radical del mundo.

Las primeras manifestaciones de esta crisis se evidenciaron en el arte a finales del siglo XIX consolidado en los manifiestos de las vanguardias artísticas del XX y que se volvería en una realidad social, donde el cuerpo se desarticula y se representa como partes, fragmentos, trozos, disfunciones, fluidos, etc.

“El hecho fundamental de la edad moderna es la conquista del mundo como imagen significa aquí la configuración del ente en su totalidad como algo representado”⁶. Gracias a esto, lo ente llega a la estabilidad como objeto y el mundo se convierte en imagen, es exactamente el mismo proceso por el que el hombre se convierte en *subjectum* dentro de lo ente. Sólo allí, en donde el hombre permanece sujeto, tiene sentido la lucha expresa contra el individualismo y a favor de la comunidad como meta de todo esfuerzo y provecho”. “El fenómeno fundamental de la edad moderna es la conquista del mundo como imagen”.⁷

³ “El Espacio Corporal”, Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona, 1997.

⁴ Michel Foucault, *Las palabras y las Cosas*. Siglo XXI Editores.

⁵ Jean Baudrillard, EL CRIMEN PERFECTO (1996) Ed. Anagrama, colección Argumentos.

⁶ M. Heidegger. La época de la Imagen del Mundo.

⁷ Martin Heidegger, Caminos del Bosque. La época de la imagen del Mundo, Alianza Madrid.

Pero el desarrollo tecnológico y el mundo de la imagen del sujeto mediado que ofrecen las redes sociales han creado una realidad hiperconectada que genera la paradójica realidad que entre mayor sea la conexión mayor es la individualización. El sujeto que esta mediado por estas pantallas es un ser fragmentado en identidades digitales vacías e irrelevantes y sobre todo separado de su experiencia integral

El post humanismo no elimino al hombre, lo transformo en algo fragmentado e inservible, hoy, poco queda de la imagen que propuso orden universal occidental con sus espacios llenos de luz, razón y ciencia.



Galatea de las esferas, Un amor atómico. Salvador Dalí, España, 1952 - Teatro Museo Dalí, Figueres (España)

Podemos evaluar las deficiencias de los modelos, la desbordante ansiedad y la angustia generada por la creciente inmovilidad humana inmersa en el imperio manipulador, mediático y restrictivo de un sistema de sobreproducción, de saturación consumista, y de la progresiva invasión del espacio humano. Un mundo polarizado por las estructuras de poder, de estados autoritarios, segregacionistas, racistas con sus

violentas formas de imposición y todo el dolor que ello conlleva, allanando las conductas, imponiendo autoridad sobre las verdades, sobre el saber, sobre la vida del ser humano sin importar ya los derechos fundamentales por los que se luchó por siglos.

Hemos perdido todas las referencias y nuestro espacio corporal esta diluido, aceptamos que nuestros recuerdos son vivencias construidas, que obviamos el valor de la humanidad para creer en su aparente evolución.

El hombre contemporáneo se encuentra en una encrucijada, el ser integral base de nuestros trabajos en la piedra bruta hoy se encuentra fragmentado, su cuerpo emocional cooptado y su cuerpo mental manipulado, el hombre se ha roto y la sensación contemporánea de comodidad tecnológica no logra llenar los espacios de vacíos que esta desintegración de la realidad ha dejado en su ser.

Este ser fragmentado, manipulado, transformado por los datos, las redes y los algoritmos que moldean la atención del sujeto, trabaja inconscientemente, el “yo” se vuelve el perfil de una imagen mediada y está convencido que estar detrás de esos dispositivos que lo conectan con un mundo falso y vacío lo posicionan y lo hacen “centro”. A los seres mediáticos que solo les importa depender de los “likes”, de la aceptación vacua del ciber espacio y la banalidad del contenido.

Así pues, el hombre pasó de la unidad a la fragmentación de un sujeto en crisis donde se le ofreció un supuesto bienestar mediado por la tecnológica. El hombre ya no es el centro del universo, ni siquiera es capaz de ser el centro de sí mismo y eso nos lleva a una pregunta: ¿es el fin del hombre o la transformación del hombre? ¿estamos ante la desaparición del sujeto que perdió su sentido o solo es una nueva forma de existencia? es la pérdida del sentido humano o es la construcción y la creación de nuevas formas del ser humano.

Algunos de estos espacios de poder biopolítico han sido radicalmente transformados o recreados, sin ellos no nos atreveríamos a construir una imagen de la vida contemporánea, tan acostumbrados estamos a ellos que los creemos equilibrados con nuestra condición corporal, sin embargo, en nuestro interior la lucha continua por mantenerse o transformarse, tienen en el cuerpo el espacio donde se desarrolla esta evolución hasta quizás su total disolución.

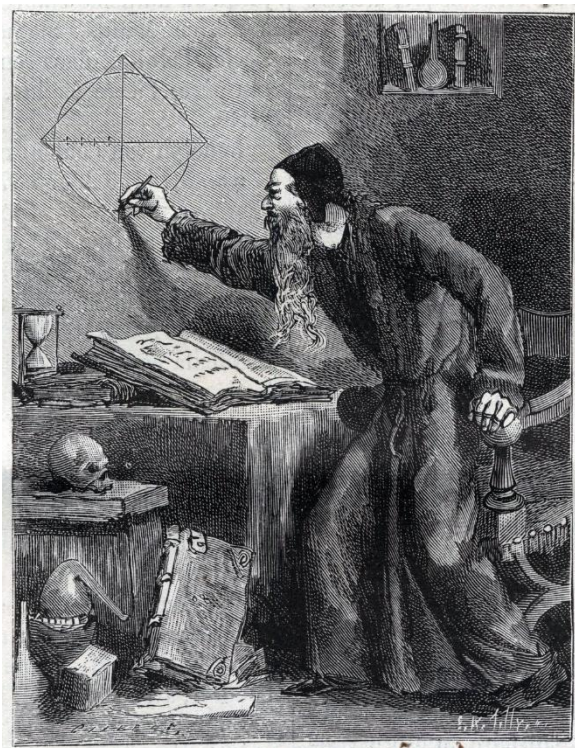
Como individuo el hombre seguramente reaccionará y demostrará que la muerte puede ser quizás el único mecanismo de huida a estas formas de poder, un fin a la soberanía cruel que la nueva realidad quiere actuar sobre nuestro cuerpo.

La cuadratura del círculo

María E. Cipagauta Rodríguez, 9°

Una clave simbólica del trabajo masónico y su importancia en el 5° grado del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

La expresión “cuadrar el círculo” proviene de uno de los problemas más célebres de la geometría clásica: construir, con regla y compás, un cuadrado de la misma área que un círculo dado. Ese problema ocupó a matemáticos desde la Antigüedad griega durante siglos, hasta que finalmente se demostró que no puede resolverse exactamente con esos instrumentos, debido a la naturaleza trascendental del número π . Pero lo que en matemáticas aparece como imposibilidad, en el terreno del símbolo se transforma en una imagen de enorme fecundidad. La cuadratura del círculo dejó de ser solo una cuestión técnica para convertirse en una representación del esfuerzo humano por reconciliar órdenes distintos: lo visible y lo invisible, la materia y el espíritu, la forma y la esencia. Esa es la razón profunda por la cual este símbolo ha tenido tanta presencia en la filosofía, en la tradición esotérica y, de modo especial, en la masonería.



Investigador científico de la cuadratura del círculo en el siglo XVI. Grabado 1890. Colección privada. Artista desconocido.

Para comprenderlo mejor, conviene recordar el significado tradicional de sus dos figuras. El **círculo** ha sido visto desde antiguo como emblema de unidad, totalidad, perfección y eternidad. Al no tener principio ni fin, y al no presentar quiebres ni ángulos, se asocia espontáneamente con lo continuo, lo celeste y lo espiritual.

El **cuadrado**, en cambio, expresa estabilidad, medida, orden y manifestación. Sus cuatro lados evocan los cuatro puntos cardinales, los cuatro elementos y el mundo estructurado de la experiencia concreta. De manera sencilla, puede decirse que el círculo remite a lo infinito y el cuadrado a lo delimitado; el primero sugiere plenitud, la segunda construcción.

La cuadratura del círculo plantea, por tanto, una pregunta de fondo: cómo hacer corresponder esos dos órdenes sin destruir ninguno de ellos.

Por eso el símbolo resulta tan cercano a la experiencia humana. Todos vivimos, en cierto modo, entre el círculo y el cuadrado. Habitamos un cuerpo, un tiempo, una historia, un conjunto de deberes y límites; pero también aspiramos a la verdad, a la justicia, a la plenitud y al sentido. Tenemos una vida concreta, terrestre y medida, pero también una vocación interior que nos empuja más allá de lo inmediato. La cuadratura del círculo representa precisamente la posibilidad de que esas dos dimensiones no permanezcan escindidas. Dicho de otro modo, expresa la esperanza de que la materia pueda ser iluminada por el espíritu, y de que la forma visible de la vida pueda llegar a reflejar un principio superior. Tus materiales guía desarrollan justamente esta lectura del cuadrado como símbolo de la materia y del círculo como símbolo del espíritu, ambos referidos a un mismo centro

Esta intuición encuentra apoyo filosófico en la obra de **Nicolás de Cusa**, cuya idea de la **coincidencia de los opuestos** propone que ciertas contradicciones aparentes solo pueden comprenderse plenamente desde un plano superior. En esa perspectiva, la sabiduría no consiste siempre en optar por uno de los términos y excluir el otro, sino en descubrir el punto donde ambos se reconcilian. La cuadratura del círculo puede

leerse de ese modo: no como supresión de la tensión entre lo material y lo espiritual, sino como búsqueda del centro en el que ambos encuentran una armonía más alta.

La masonería, que enseña por símbolos, ofrece un terreno privilegiado para esta comprensión. Desde los primeros grados, el iniciado trabaja con figuras geométricas que no son meros instrumentos de construcción, sino imágenes del trabajo interior.

La **escuadra** habla de rectitud, de orden moral y de corrección de la conducta; el **compás** habla de medida, de límite y de apertura hacia una ley superior. En esa relación ya aparece una primera versión del problema: cómo unir la vida práctica con la orientación espiritual, cómo hacer que la forma moral sea animada por un centro interior, y cómo evitar que la aspiración espiritual quede desligada de la conducta. En este sentido, la cuadratura del círculo no es un símbolo extraño al universo masónico, sino una formulación más amplia y profunda de un trabajo que la Orden propone desde el inicio.

Si lo llevamos a un lenguaje más cercano, podríamos decir que el masón trabaja la cuadratura del círculo cada vez que busca hacer coincidir sus principios con su vida real. La trabaja cuando la fraternidad deja de ser una palabra para convertirse en práctica, cuando el estudio del símbolo se traduce en carácter, cuando la humildad acompaña al conocimiento, y cuando la disciplina exterior no sofoca la vida interior sino que la ordena.

La trabaja también cuando intenta armonizar trabajo, familia, deber civil y vida espiritual, sin vivirlos como ámbitos enemistados.

Bajo esta luz, el símbolo deja de ser una figura abstracta y se convierte en una verdadera pedagogía del perfeccionamiento.

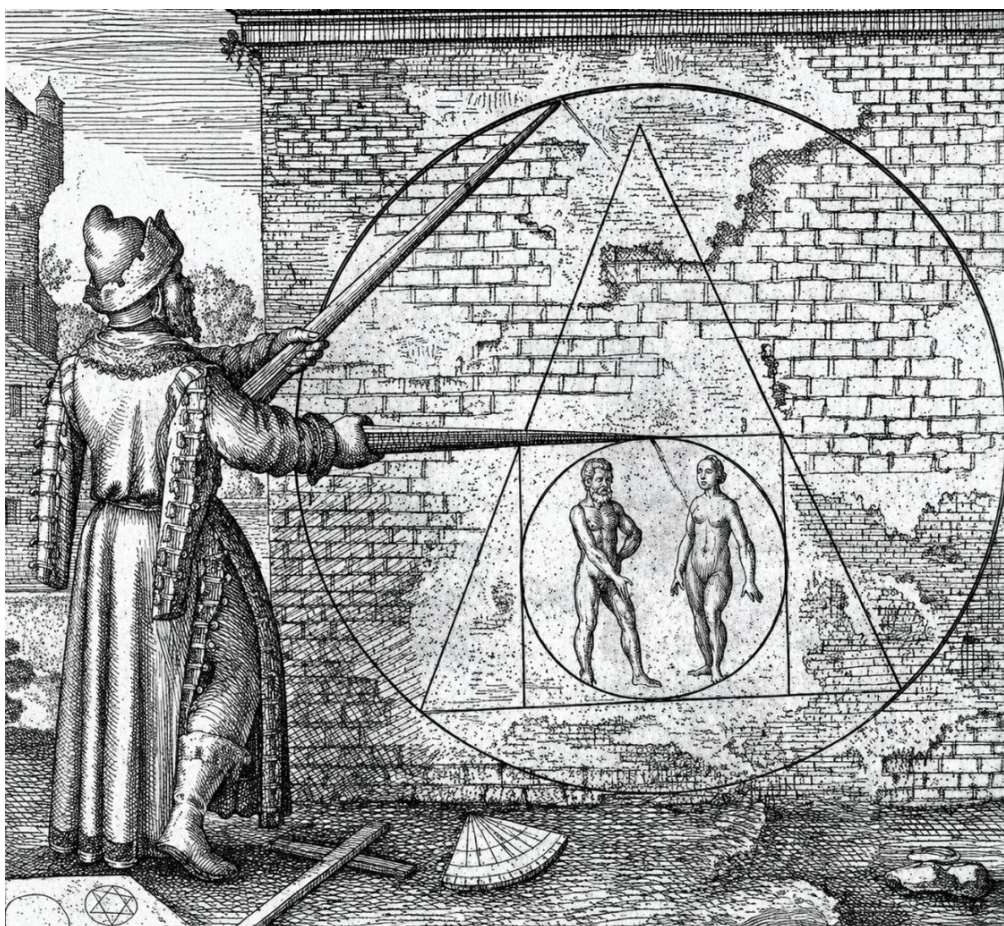


El Masón, carta de juego, 1737. Grabado anónimo. Primera representación conocida de un masón portando mandil. Biblioteca Nacional de Francia.

Esta enseñanza adquiere un relieve particular en la vida de logia. Toda logia vive entre forma y espíritu. Necesita orden ritual, regularidad, cargos, tiempos, disciplina y estructura; pero también necesita silencio, interioridad, fraternidad, inspiración y sentido. Cuando la forma predomina sin alma, el trabajo puede volverse mecánico.

Cuando la intención espiritual prescinde de la forma, el trabajo se vuelve difuso e inestable. Cuadrar el círculo, en términos colectivos, significa lograr que la forma ritual sea portadora de un espíritu vivo, y que el espíritu encuentre en la forma un cauce digno y estable. Por eso el símbolo no tiene solo valor doctrinal: posee también una gran actualidad práctica para la vida de nuestras logias.

Su importancia se vuelve todavía mayor en el 5º grado del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, el de Maestro Perfecto. Las exposiciones institucionales del Scottish Rite señalan que este grado pone un fuerte acento en el honor, la fidelidad y la confiabilidad moral como fundamentos del carácter masónico. Sin embargo, los materiales que compartiste muestran además una lectura simbólica más rica: presentan la cuadratura del círculo como una clave del grado, vinculada a la piedra perfecta, al centro del templo y a la visión de un orden reconciliado. Allí el símbolo ya no se limita a hablar de conducta, sino que anuncia una visión de conjunto: la posibilidad de que el mundo visible y el invisible, la criatura y su principio, la materia y el espíritu, puedan encontrar un punto de correspondencia.



Matthäus Merian el Viejo, grabado para el Emblema XXI de Atalanta Fugiens, de Michael Maier, Oppenheim, 1618. Science History Institute, dominio público

Este aspecto resulta especialmente significativo porque el 5º grado se sitúa después del drama hirámico. Tras la pérdida, el duelo y la fractura, podría parecer que el orden se ha quebrado definitivamente. Sin embargo, la cuadratura del círculo introduce una respuesta iniciática de gran fuerza: afirma que la ruptura no tiene la última palabra. Existe un centro donde lo disperso puede reencontrar unidad. El Maestro Perfecto es, en este sentido, aquel que comienza a comprender que la perfección no consiste en huir del mundo, sino en leerlo y ordenarlo desde una ley más alta. La piedra perfecta no borra la herida, pero la integra en un sentido; la cuadratura del círculo no elimina la tensión entre materia y espíritu, pero anuncia su posible reconciliación.

La relación con el número cinco ilumina todavía más esta idea. Tradicionalmente, el cuatro remite a lo terrestre, a lo manifestado y a la estructura del mundo visible, mientras que el uno representa la unidad y el principio espiritual. El cinco puede entenderse así como $4 + 1$, es decir, como la integración de lo terrestre en una medida superior. Por eso muchas tradiciones lo vinculan con la quintaesencia y con la culminación de un proceso de perfeccionamiento. Leído de este modo, no es casual que la cuadratura del círculo tenga tanta resonancia en el 5º grado: expresa justamente la posibilidad de que la forma visible sea asumida y orientada por un principio interior sin dejar de ser lo que es.

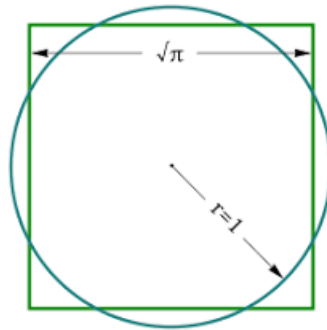
Otros símbolos tradicionales ayudan a hacer más intuitiva esta enseñanza. La pirámide, con su base cuadrada y su culminación unificadora, ha sido leída como imagen de la unión entre materia y espíritu. La columna, circular en su fuste y cuadrada en sus apoyos, expresa elevación con estabilidad. El octágono aparece como forma intermedia entre el cuadrado y el círculo. Incluso el Hombre de Vitruvio de Leonardo da Vinci ofrece una imagen célebre del ser humano inscrito simultáneamente en ambas figuras, como si la propia condición humana estuviera llamada a mediar entre dos órdenes. Estos ejemplos muestran que la cuadratura del círculo no es un motivo aislado, sino una verdadera clave de lectura de la tradición simbólica.

En definitiva, la fuerza del símbolo reside en que no describe una teoría cerrada, sino una tarea. El masón está llamado a cuadrar el círculo en sí mismo cada vez que procura que su vida exterior y su vida interior no se contradigan, que el trabajo moral refleje un principio espiritual, y que la elevación no se convierta en evasión. Bajo esta luz, el símbolo resume admirablemente el sentido del perfeccionamiento masónico. El círculo representa la unidad, la perfección y el principio superior; el cuadrado representa la forma, la materia y el orden del mundo visible. La obra del masón consiste en buscar el centro común de ambos. En el Maestro Perfecto, esta búsqueda se vuelve más consciente: comprende que la perfección no consiste en negar la tierra,

sino en hacerla transparente a una ley más alta; no en destruir la forma, sino en animarla desde el centro; no en suprimir los opuestos, sino en reconciliarlos en una vida más recta, más armónica y plena. Conocer “el círculo y su cuadratura” no significa, entonces, resolver un antiguo problema geométrico, sino haber entrevisto una de las verdades más altas del camino iniciático: que la vida concreta puede llegar a ser, aunque nunca de manera definitiva, reflejo de una armonía invisible.

Referencias

- Encyclopedia Britannica, “Squaring the circle”.
- MacTutor History of Mathematics, “Squaring the circle”.
- Stanford Encyclopedia of Philosophy, “Cusanus, Nicolaus [Nicholas of Cusa]”.
- Scottish Rite, Northern Masonic Jurisdiction, “5° – Perfect Master”.
- Encyclopedia Masónica, “Perfect Master”.
- Materiales guía compartidos por el autor sobre la cuadratura del círculo y su interpretación simbólica y masónica.



La influencia de la doctrina Rosacruz en la Masonería especulativa

Gabriel Rengifo Donado, 33º

A lo largo de su historia, la Orden Masónica ha recibido múltiples influencias en su composición doctrinal. En este trabajo intentaremos exponer la influencia rosacruz, la cual tuvo importancia histórica en la formación de la llamada Masonería especulativa. Una muestra de ello se encuentra en el grado de Caballero Rosacruz, grado 18 del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, aunque este no es el único grado donde puede observarse dicha influencia.

Es importante comenzar preguntándonos: ¿cómo nació y se formó la Masonería especulativa? ¿Quiénes participaron en su construcción inicial? ¿Cuál era la

formación cultural y social de aquellos hombres en su época, país y logia? En este contexto nos referimos al anticuario Elías Ashmole.

¿Quién fue Elías Ashmole? Los enciclopedistas masónicos lo describen como un anticuario, miembro de la Logia de Warrington, en Inglaterra. Fue un hombre de amplia cultura, propio de su época, nacido en 1617 y fallecido en 1692. Fue alquimista, cabalista, astrónomo, astrólogo y político, ocupando dignidades en el gobierno de su tiempo. También fue uno de los fundadores de la sociedad científica conocida como la *Royal Society*. Como legado a la sociedad, dejó un museo que lleva su nombre.

En cuanto a su conocimiento de la tradición rosacruz, se dice que conoció a Thomas Vaughan, alquimista inglés que tradujo del alemán dos Manifiestos Rosacruces, aparecidos en Alemania entre los años 1610 y 1615. Estos manifiestos causaron gran sensación e impacto en Europa. Ashmole los conoció, y es posible que hayan tenido alguna influencia en la formación de los tres primeros grados de la Masonería.

¿Qué fueron estos manifiestos? ¿Quién los compuso? Su aparición tuvo lugar en Alemania, como ya se dijo, entre 1610 y 1615. Sus autores permanecieron en el anonimato. Sin embargo, sus textos alcanzaron gran difusión en Europa y, de manera particular, influyeron en ciertos aspectos de la Masonería especulativa.

Elías Ashmole tuvo acceso a la traducción inglesa de estos escritos. Su contenido muestra una composición de variada ascendencia, cercana a la gnosis cristiana y esotérica, con un lenguaje alegórico y críptico. Parte de esta corriente puede relacionarse con grupos como los cátaros y albigenses, quienes fueron perseguidos durante la cruzada ordenada por Inocencio III.

Alemania llegó a ser un lugar de refugio para algunas corrientes espirituales disidentes, en parte por las tensiones existentes entre el poder imperial y el papado. Por razones de seguridad, muchas de estas corrientes abandonaron sus antiguos nombres y se sumergieron en el anonimato.

Dante Alighieri, en su obra clásica, habla del “Sublime Arquitecto” y de los “blancos”, expresión que algunos relacionan con los cátaros. Dante fue partidario de los gibelinos y contrario a los güelfos, el partido papal, razón por la cual fue expulsado de Florencia durante el pontificado de Bonifacio VIII.

La masacre cátara ocurrió en el siglo XIII, y Dante nació en Florencia en 1265. Los cátaros profesaban una forma de cristianismo gnóstico que no aceptaba la autoridad papal. Después de su desaparición pública, y con la aparición de la imprenta y la Reforma protestante en Alemania, el ambiente espiritual europeo se volvió menos dogmático, permitiendo la reaparición de ciertas ideas antiguas bajo nuevas formas, como ocurrió con los Manifiestos Rosacruces.

Se atribuye a Elías Ashmole una importante influencia en los rituales iniciales de la Masonería especulativa, correspondientes a los tres primeros grados:

1646: Aprendiz Masón

1648: Compañero

1649: Maestro

La leyenda masónica, según algunos autores como Albert Pike, habría sido incorporada posteriormente, hacia 1723. Sin embargo, Eliphas Lévi afirma que dicha leyenda ya era conocida desde siglos anteriores.



El Templo de la Rosa Cruz, Teophilus Schweighardt Constantiens, 1618

Las *Bodas químicas de Christian Rosenkreuz*, atribuidas a Johann Valentin Andreae, no pertenecen propiamente al grupo de los Manifiestos Rosacruz. El mismo autor reconoció su carácter distinto y su exclusión de aquellos textos.

En su libro *La verdadera e invisible Orden Rosacruz*, Paul Foster Case, afirma que en los Manifiestos Rosacruz no se mencionan nombres propios, sino únicamente iniciales, como C. R., fieles a la regla de no crear culto a la personalidad. El nombre “Christian Rosenkreuz”, presentado como fundador de una orden esotérica, no tendría cabida dentro de la doctrina rosacruz original.

Los Manifiestos Rosacruz expresan una doctrina que puede relacionarse con el gnosticismo cristiano esotérico, enseñanza nacida antes y después de la era cristiana, cuyo gran centro de influencia fue la ciudad de Alejandría. Desde allí recibió elementos procedentes de Oriente y los transmitió hacia Occidente. Los cátaros profesaron parte de esta tradición, y sus supervivientes anónimos pudieron influir, de manera invisible, en el espíritu de los Manifiestos Rosacruz.

El símbolo de la Rosacruz

Indudablemente, esta unión de símbolos anuncia una doctrina cristiana, gnóstica y esotérica.

La Rosacruz está compuesta por una cruz de seis cuadrículas y cuatro brazos: dos verticales y dos horizontales. En su centro se encuentra una rosa de cinco pétalos, como corona simbólica. Esta unión representa la personalidad humana, tanto en su dimensión micro cósmica como macro cósmica.

La cruz

La cruz extiende sus brazos hacia los puntos cardinales, irradiando la idea de fraternidad universal hacia el macrocosmos. De esta cruz puede obtenerse la figura de un cubo con sus seis lados iguales, símbolo de la verdad, la cual permanece igual desde cualquier punto de vista.

Desde los tiempos de Pitágoras, el cubo representa tanto el mundo material como el espiritual. En el gnosticismo, materia y espíritu son realidades relacionadas; esta visión se acerca a la doctrina del monismo.

La cruz es también símbolo de servicio a la humanidad. Representa el sacrificio entendido como “sacro oficio”, es decir, como una entrega consciente hacia los semejantes y hacia todo el medio ambiente.



La rosa

La rosa es la flor por excelencia dedicada a la diosa Venus, símbolo del deseo y del amor creativo. Sus pétalos responden al número cinco, número asociado al ser humano y representado por el pentagrama.

Cuando el pentagrama tiene su vértice hacia arriba, simboliza dominio y elevación; cuando apunta hacia abajo, representa al hombre dominado por la ignorancia. La rosa, ubicada en el centro de la cruz, simboliza el amor interior que debe desarrollarse como benevolencia, irradiando belleza y fragancia espiritual.

En resumen, la rosa y la cruz representan un amor que se proyecta hacia afuera y, al mismo tiempo, retorna hacia el centro del ser. El rosetón fue también una insignia importante de la Masonería operativa en la construcción de las iglesias góticas.

En los ángulos rectos de la cruz se colocan las siglas I.N.R.I., de especial interés para la Masonería. Estas letras corresponden a la frase latina *Iesus Nazareus Rex Iudaeorum*, es decir, “Jesús Nazareno, Rey de los Judíos”, según el Evangelio de Juan 19:19. Sin embargo, a estas siglas también se les han atribuido otras interpretaciones simbólicas.

En la Cábala, una forma de estudiar una frase consiste en relacionarla con el valor numérico de cada letra. Los antiguos daban a las letras un valor numérico, pues aún no se utilizaban los números arábigos como hoy los conocemos. Según este sistema cabalístico, llamado gematría, la suma de las iniciales I.N.R.I. da como resultado:

$$I + N + R + I = 46$$

Este número puede relacionarse con otras palabras de igual valor simbólico, como:

OMNIA, que significa “todo” en latín.

FLOS, que significa “flor”.

Por tanto, las siglas I.N.R.I. pueden entrelazarse con las siguientes ideas:

OMNIA: todo forma parte del todo.

FLOS: la flor por excelencia hace referencia a la rosa, símbolo del deseo y del amor.

El mensaje insinuado sería que todo está movido por el deseo y por el amor. Sin voluntad y sin querer, no puede haber verdadera integración. El amor deseoso lo mueve todo. La fraternidad universal se realizará cuando, como expresa el espíritu de la Novena Sinfonía de Beethoven, los hombres vuelvan a ser hermanos.

Influencia de los Manifiestos Rosacruces

Indudablemente, Elías Ashmole conocía la versión inglesa de los Manifiestos Rosacruces, recibida del alquimista Thomas Vaughan, quien los tradujo del alemán. Estos escritos influyeron en diversas escuelas de misterio, algunas de las cuales adoptaron la denominación rosacruz.

Sin embargo, no basta llevar el nombre de Rosacruz para merecerlo. Los rituales con esta denominación deben conducir al iniciado a una transformación interior que le permita convertirse verdaderamente en un Caballero Rosacruz.

Muchos personajes célebres bebieron de la fuente de estos manuscritos. Entre ellos pueden mencionarse Johann Wolfgang von Goethe, con su obra *Fausto*; Papus, Eliphas Lévi y muchos otros pensadores vinculados al esoterismo occidental.

Conclusión

Los Manifiestos Rosacruces son una composición anónima, de clara tradición cristiana, con pensamiento gnóstico y esotérico. Su lenguaje es alegórico y simbólico. No contienen nombres propios, y su autoría permanece desconocida.

Estos textos buscan manifestar una doctrina que debe ser interpretada y descifrada. Su influencia fue importante en diversas corrientes iniciáticas europeas y, de manera particular, en la formación de la Masonería especulativa.

Bibliografía

Alighieri, D. (s. f.). *La divina comedia*. Editorial Seix Barral, 2004

Case, P. F. (s. f.). *La verdadera e invisible orden rosacruz*. Editorial Samuel Weser, 1985

Case, P. F. (s. f.). *Goethe el rosacruz*.

Lavagnini, A. (s. f.). *Manual del caballero rosacruz*.

Mackey, A. G. *Enciclopedia de la francmasonería y su relación con las ciencias*. Editorial Grijalbo, Mexico, 1981.

Diccionario masónico. (s. f.). E1981.1 Valle de México.

